

CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN 03

El Segundo Diluvio

G.P. SERVISS

CIENCIA FICCIÓN DE 1911



Prologado por Sandy Ferber

**Traducido y comentado
por Rubene Guirauta**

EDICIONES

el

cilindro

EL SEGUNDO DILUVIO

G.P. SERVISS

Ciencia ficción de 1911

CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN 03

Prologado por Sandy Ferber

Traducido y anotado por Rubene Guirauta



EDICIONES

el

cilindro

www.elcilindro.com

Título: El Segundo Diluvio

Autor: Garrett P. Serviss

Título original: *The Second Deluge*

Primera edición: 1911

Primera edición en español: septiembre de 2022

Esta edición: abril de 2024

Colección: Clásicos de la ciencia ficción 03

Prólogo: *Rain, rain, go away...*, por Sandy Ferber©

Ilustraciones: Varios autores

Traducción: Rubene Guirauta©

Imagen de portada: *Demerse Orbis I*, por Rubene Guirauta©

Otros textos: Rubene Guirauta©

© Ediciones El Cilindro.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo de los titulares de los derechos de autor. Una traducción literaria es una obra derivada y goza de los derechos de autor que otorga la Ley de Propiedad Intelectual.

EDICIONES



www.elcilindro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO. <i>LLUVIA, LLUVIA, VETE YA</i>	5
EL SEGUNDO DILUVIO	9
PRÓLOGO DEL AUTOR	9
CAPÍTULO I. COSMO VERSÁL	10
CAPÍTULO II. BURLÁNDOSE DEL DESTINO	19
CAPÍTULO III. LAS PRIMERAS GOTAS DEL DILUVIO.....	29
CAPÍTULO IV. EL MUNDO ATERRORIZADO.....	37
CAPÍTULO V. LA TERCERA SEÑAL.....	45
CAPÍTULO VI. LA FLOR Y LA NATA DE LA HUMANIDAD.....	53
CAPÍTULO VII. LAS AGUAS COMIENZAN A SUBIR.....	63
CAPÍTULO VIII. EL ASALTO AL ARCA.....	73
CAPÍTULO IX. LA COMPAÑÍA DE LOS INDULTADOS	81
CAPÍTULO X. EL ÚLTIMO DÍA DE NUEVA YORK	89
CAPÍTULO XI. «MIL MILLONES POR UNA PLAZA»	99
CAPÍTULO XII. LA INMERSIÓN DEL VIEJO MUNDO	105
CAPÍTULO XIII. EXTRAÑOS FENÓMENOS DE LA NEBULOSA	115
CAPÍTULO XIV. EL PRESIDENTE ESCAPA.....	123
CAPÍTULO XV. EL ARTEFACTO DEL PROFESOR PLUDDER	131
CAPÍTULO XVI. MOTÍN EN EL ARCA	139
CAPÍTULO XVII. EL JULES VERNE.....	151
CAPÍTULO XVIII. NAVEGANDO POR LA EUROPA SUMERGIDA	157
CAPÍTULO XIX. EL PARÍS SUMERGIDO	167
CAPÍTULO XX. AVENTURAS EN COLORADO	175
CAPÍTULO XXI. «PADRE DEL TERROR»	185
CAPÍTULO XXII. EL TERRIBLE NÚCLEO	201
CAPÍTULO XXIII. LA CIMA DEL MUNDO	211
CAPÍTULO XXIV. EL NUEVO PROYECTO DEL FRANCÉS	221
CAPÍTULO XXV. NUEVA YORK EN SU TUMBA BAJO EL OCÉANO ...	229
CAPÍTULO XXVI. NUEVA AMÉRICA	243
<i>POST SCRIPTUM</i>	255
SERVISS, HONESTO Y CON LEVITA	257
COLECCIÓN CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN.....	267

PRÓLOGO

LLUVIA, LLUVIA, VETE YA...

por Sandy Ferber

EL ESTADO INDIO DE MEGHALAYA, JUSTO AL NORTE DE BANGLADESH, OSTENTA el récord de ser «El Lugar Más Lluvioso del Mundo». Recoge al año, en promedio, unos abrumadores 11 862 mm de lluvia. (No se olviden del paraguas si planean una visita). Pero, aunque ciertamente impresionan estos casi doce metros de altura de agua, trece veces más de lo que la lluviosa Seattle espera por año, palidecen hasta lo insignificante comparados con lo que cae del cielo en esta novela de 1911, *El Segundo Diluvio* de Garrett P. Serviss, cuando debido a un infortunio cósmico no menos de 9000 metros de lluvia se precipitan sobre nuestro hermoso planeta en menos de un año... lo suficiente, en efecto, para sumergir el mundo entero, ¡cubriendo incluso la cumbre del mismísimo monte Everest! Una novela maravillosamente escrita que alcanza alturas épicas, una obra apocalíptica lamentablemente olvidada, idónea para ser redescubierta en nuestra era moderna de cambio climático y subida del nivel del mar.

El Segundo Diluvio se publicó por primera vez como un serial de seis partes en la revista *The Cavalier*, entre julio y diciembre de 1911, y apareció en tapa dura al año siguiente. Fue reimpresso en varias revistas *pulp* de la época en 1926, 1933 y 1948. Y más tarde en forma de libro, en inglés, en las editoriales Hyperion Press (1974), Wildside Press (2013), Gateway/Orion (2015), Armchair Fiction (2018), que es la que yo tuve la suerte de tener en mis manos, y ahora por primera vez en español en la editorial El Cilindro. Así que se ha reimpresso un buen número de veces y, por fortuna, conseguirla no supone un desafío. En cuanto al autor de la novela, Serviss nació en el norte del estado de Nueva York en 1851, así que tenía 60 años cuando la publicó. Astrónomo y periodista profesional, Serviss fue uno de los más populares divulgadores de la astronomía en su época, con ocho libros sobre el tema. Sus conocimientos brindan a *El Segundo Diluvio*, la cuarta de sus cinco novelas de ciencia ficción, un aire de erudición y verosimilitud. *El Segundo Diluvio* ha visto todas esas reimpressiones por buenas razones: es un libro emocionante, abunda en escenas cataclísmicas y en sus consecuencias y Serviss se revela en él como un narrador de talento. Este es un libro que se lee compulsivamente, del tipo que uno cierra con dificultad y no puede esperar a abrir de nuevo. Para ser breve: ¡me encanta!

La novela nos presenta a un excéntrico científico millonario llamado Cosmo Versal, quien, cuando lo encontramos, acaba de confirmar una sospecha suya: La Tierra, al parecer, atravesará en cuestión de meses una «nebulosa acuática» que provocará una lluvia de unos 9000 metros sobre la superficie del planeta. A pesar de las súplicas de Cosmo a las autoridades para que tomen medidas y de las pruebas matemáticas que presenta sufre las mofas de sus colegas científicos, de los periódicos, del presidente de los Estados Unidos y de la población en general. Sin inmutarse, Cosmo, quien se ve a sí mismo como una especie de Noé moderno, comienza la construcción de un «arca» de 250 metros de eslora capaz de albergar a 1000 pasajeros, a los que seleccionará personalmente, así como a 150 tripulantes... y, por supuesto, una variada colección de animales y plantas. La construcción de esta arca, en el este de Long Island, sólo sirve para aumentar el ridículo que pesa sobre él. Pero cuando poco después comienzan a producirse fenómenos meteorológicos inusuales (tormentas anormalmente fuertes, densísimas nieblas de asfixiante humedad, el deshielo de los glaciares y de los casquetes polares), la población comienza a hacerse preguntas. Para cuando las lluvias comienzan en serio y las multitudes se arremolinan en torno al arca de Versal suplicando por una plaza ya es demasiado tarde.

Durante la primera mitad de la novela de Serviss contemplamos cómo se inunda la mayor parte del mundo mediante escenas de destrucción maravillosamente bien detalladas y conmovedoras. Aun así, Cosmo y sus compañeros de viaje consiguen llevar una vida no muy distinta de la de los pasajeros de un crucero de lujo mientras cruzan el Atlántico, atraviesan la tumba de agua de lo que una vez había sido Europa y llegan al Océano Índico. En el camino encuentran a otro pequeño grupo de supervivientes en un submarino construido por el ingeniero del ejército francés Yves de Beauxchamps. Este submarino, bautizado Jules Verne, resultará muy valioso para el arca de Cosmo en los meses siguientes. En la segunda mitad del libro, Versal y el capitán del arca, el rudo y bigotudo capitán Arms, intentan llegar al Himalaya. Según predice Cosmo ésa sería la zona que emergería primero de forma natural, si es que las aguas llegaran a retroceder alguna vez. Cuando la Tierra atraviesa un vacío dentro del seno de la nebulosa acuática se abre un paréntesis de varias semanas de tiempo despejado, lo que da al arca la oportunidad de progresar. Pero cuando nuestro planeta penetra en el núcleo de la nebulosa y las lluvias comienzan a caer a un ritmo de ¡200 metros al día! el arca vuelve a encontrarse en dificultades.

Como lector soy un gran aficionado a las tramas paralelas, en las que el autor salta de una línea argumental a otra. Bien, en *El Segundo Diluvio*, Serviss nos ofrece una muestra excelente. Así, mientras Cosmo Versal y compañía se dedican a explorar las aguas que cubren Europa y Asia, asistimos también a las hazañas de un tal profesor Pludder, expresidente del Instituto Carnegie, quien había sido uno de los principales científicos que instaron al presidente estadounidense Samson a ignorar la advertencia de Cosmo... para su eterna vergüenza y arrepentimiento. Cuando comienza el diluvio Pludder contrata un avión para poner a salvo a Samson y a su familia, así como a una veintena de personas más. Cuando el avión se ve obligado a realizar un aterrizaje de emergencia durante el incesante aguacero, Pludder convierte hábilmente el aparato aéreo en una balsa motorizada, con la que él y su grupo, esperanzados, intentan alcanzar la promesa de tierra firme en las Montañas Rocosas de Colorado. Esta fascinante historia, que alterna con la principal, nos permite ver cómo han ido las cosas en el anegado interior de los Estados Unidos.

A lo largo de la novela Serviss obsequia al lector con escenas memorables. Como aquella en la que Cosmo y su ayudante, Joseph Smith, intentan determinar a qué 1000 personas llevar; la inundación de Manhattan, donde la destrucción del edificio municipal por un crucero de la Marina a la deriva está especialmente bien lograda; la inundación que, como un dominó, barre los Alpes y sus alrededores; el castigo del Presidente Samson al estúpido de Pludder; un desagradable motín a bordo del arca que Cosmo y Arms se ven obligados a atajar; un recorrido por el París sumergido cuando de Beauxchamps regresa, mediante su submarino, a su ciudad natal para una nostálgica visita; el accidentado recorrido por las pirámides egipcias y la Esfinge, ya bajo el mar, también a bordo del Jules Verne; el arca capeando el embate del temporal cuando la Tierra entra al núcleo de la nebulosa; ver a de Beauxchamps en lo alto de los últimos metros que quedan del monte Everest, antes de que las aguas se lo traguen... el primer humano en lograrlo (recuérdese que la ascensión de sir Edmund Hillary y Tenzing Norgay no sucede hasta 1953); la escena en la que Cosmo se enfrenta a una serpiente marina y la visita, merced a una campana de buceo construida a toda prisa, a un Manhattan sepultado por más de nueve kilómetros de agua, habitado ya únicamente por una multitud de monstruosidades abisales. Secuencias deliciosas, magistralmente intercaladas a lo largo de la extensa historia de Serviss.

El Segundo Diluvio está ambientado en una época futura indeterminada, que tan bien podría ser 1912 como 2012. Contiene varios ejemplos

de artilugios futuristas, como el novedoso espectroscopio, que es un invento de Versal, así como el metal llamado «levio», que es *la mitad de pesado que el aluminio y el doble de fuerte que el acero*, con el que está construida el arca. El libro contiene un sinfín de personajes secundarios maravillosamente dibujados, incluidos los científicos con los que Versal se embarca. Curiosamente no se ve ni un solo personaje femenino, aparte de una señora de alta sociedad a bordo del arca que se pregunta si Versal podría buscar sus joyas perdidas mientras hace una incursión en Nueva York con la campana de buceo. Pero, afortunadamente, como ya he dicho, Serviss resulta ser un escritor muy sólido, con un estilo atractivo y muy literario. Demuestra una gran habilidad para inventar palabras, como «blandilocuencia» y «superfaisánido» o construcciones como «terror en ebullición». Sólo de vez en cuando comete algún error, como cuando nos dice que los lugareños llamaban Gaurisankar al Everest, cuando en la realidad el Gaurisankar es una montaña distinta en esa zona. O cuando no hace más que una referencia de pasada a todo el continente sudamericano, prestando más atención incluso a la destrucción de la Antártida. Y luego está la cuestión de la tal «nebulosa acuática»... ¿podrá existir algo así en el frío del espacio? Queda lejos de mi intención discutir con un astrónomo experto, pero golpea algo la credulidad del lector. Sin embargo, la fuerza de la escritura de Serviss es tal que como lector estuve más que dispuesto a suspender mi incredulidad. Dicho todo esto, *El Segundo Diluvio* es una novela realmente espléndida, que además llega a una conclusión sorprendente, conmovedora y satisfactoria.

Esta lectura me hizo fan al instante de Garrett P. Serviss. Me encanta tener ahora la oportunidad de leer sus otras cuatro novelas de ciencia ficción: *Edison conquista Marte* (1898), *Un pionero del espacio* (1909), *The Sky Pirate* (también publicada en 1909) y *The Moon Maiden* (1915). Intentaré localizar estos títulos... mientras Nueva York, mi ciudad natal, aún siga por encima de las aguas.

Este prólogo fue originalmente publicado, a modo de crítica, en la estupenda web Fantasy Literature (<https://fantasyliterature.com/>) de cuyo equipo Sandy Ferber forma parte desde 2014. Sandy, residente en Queens, es un experto en literatura de ciencia ficción y fantasía del periodo 1850-1960.

EL SEGUNDO DILUVIO

GARRETT P. SERVISS



PRÓLOGO DEL AUTOR

LO QUE AQUÍ SE EXPONE ES EL FRUTO DE UNA LARGA Y CUIDADOSA INVESTIGACIÓN entre los inconexos registros dejados por los supervivientes de los terribles acontecimientos que se describen. El escritor desea confesar que, en ocasiones, ha escogido el camino que todos los historiadores se ven obligados a tomar utilizando su imaginación para completar el cuadro. Pero puede declarar en conciencia que, tanto en lo esencial de su relato como en los detalles específicos que se describen, ha seguido fielmente la narración de los testigos presenciales o de aquellos que estaban en condiciones de conocer la verdad de los hechos.

CAPÍTULO I. COSMO VERSÁL

UN HOMBRE DE CORTA ESTATURA, DELGADO Y CON CARA DE SABIO, PROPIETARIO de una cabeza inmensa y calva, tan redonda, lisa y brillante como una gigante burbuja de jabón, y de un par de ojos negros y vibrantes, demasiado juntos, de modo que parecía un gnomo dotado de asombroso intelecto y poder de concentración, estaba sentado en un escritorio inclinado sobre una enorme cartulina, en la que trazaba rápidamente figuras geométricas y trigonométricas. Compases, escuadras, reglas, transportadores y elipsógrafos obedecían al toque de sus dedos como si tuvieran vida propia.

La habitación que le rodeaba era una jungla de globos terráqueos y celestes, matraces con químicos, tubos de ensayo, pipetas y todos los indescriptibles aparatos que la ciencia moderna ha inventado, los cuales, para los no iniciados, parecen tan incomprensibles como la antigua parafernalia de los alquimistas y astrólogos. Las paredes estaban cubiertas con estantes llenos de libros y adornadas en su parte superior con las más extraordinarias fotografías e ilustraciones. Incluso el techo estaba cubierto de diagramas, algunos representando el cielo, mientras que muchos otros eran imágenes geológicas y topográficas de la faz de la Tierra.

Junto a la mesa de dibujo había un bloc de notas. De tanto en tanto el hombrecillo se dirigía a él con nerviosismo y, empuñando un largo lápiz, hacía elaborados cálculos, que iban cubriendo el papel, salpicándolo con símbolos matemáticos que parecían microorganismos vistos al microscopio. Mientras trabajaba, bajo la luz de una única ventana situada muy cerca del techo, su frente se contraía en un centenar de arrugas, sus mejillas se encendían, sus penetrantes ojos brillaban con su fuego interior y por delante de sus orejas descendían regueros de sudor. Se diría que estaba trabajando para salvar su alma y que sólo le quedaban unos segundos para lograrlo.

Al cabo, tiró el lápiz y, con asombrosa agilidad, se bajó rápida pero cuidadosamente del taburete en el que había estado sentado manteniendo las palmas de las manos en el asiento junto a las caderas hasta que sintió que sus pies tocaban el suelo. Entonces se abalanzó sobre una estantería, bajó un pesado tomo, lo abrió en un espacio despejado en el suelo y se dejó caer de rodillas para consultarlo.

Después de pasar algunas hojas encontró lo que buscaba, leyó la página manteniendo un dedo en las líneas y, una vez terminada la lectura, se levantó de un salto y se apresuró a volver al taburete, al que se subió con

tanta rapidez que era imposible ver cómo lo había conseguido. En un instante trazó un nuevo diagrama y siguió escribiendo furiosamente en el bloc, haciendo al lápiz discurrir tan rápido que su extremo superior vibraba como el ala de una libélula.

Por fin, dejó el lápiz y, rodeándose las rodillas con los brazos crispados, se encogió sobre el taburete. Los párpados cayeron velando sus brillantes ojos y se sumió en sus pensamientos.

Cuando volvió a abrirlos y dejó de fruncir el ceño dirigió la mirada hacia una hilera de curiosas fotografías de gran tamaño que recorrían, como un friso ilustrado, la parte superior de la pared de la habitación. Un observador cualquiera podría haber pensado que el hombrecillo se había entretenido fotografiando las explosiones de los fuegos artificiales de algún Cuatro de Julio; pero era evidente, por la solemnidad con la que las contemplaba, que aquellas singulares imágenes no tenían ninguna relación con la pirotecnia recreativa, sino que debían de representar algo de importancia incomparablemente mayor y, de hecho, trascendental.

El rostro del hombrecillo adoptó una expresión embelesada, en la que parecían mezclarse el asombro y el miedo. Con un movimiento de la mano abarcó la serie de fotografías como un todo y luego, fijando la mirada en un objeto particularmente extraño en el centro, comenzó a hablar en voz alta, aunque no hubiera nadie para escucharlo.

—¡Dios mío! —dijo—. ¡Lo es! Esa fotografía de la nebulosa de Lord Rosse¹ es su viva imagen, salvo que no hay brillo eléctrico en ella. El mismo torbellino formado por los brazos exteriores de la espiral, seguidos de esa espantosa masa central. Y nos vamos a precipitar directamente en ella. Entonces trillones de toneladas de agua se condensarán en la Tierra y la envolverán en un chaparrón universal. Y entonces, adiós a la raza humana, a menos que... a menos que yo, Cosmo Versál, impelido por la ciencia, pueda salvar a algunos para repoblar el planeta tras la catástrofe.

De nuevo, por un momento, cerró los ojos, y frunció sus semiesféricas cejas mientras que, con las rodillas estiradas, hacía peligrosos equilibrios sobre el taburete. Sacudió lentamente la cabeza varias veces, como

¹ William Parsons (1800-1867), Lord Rosse, fue un astrónomo, naturalista e ingeniero inglés. Construyó varios telescopios, entre ellos uno de 72 pulgadas, el de mayor apertura hasta el siglo XX. Descubrió la naturaleza espiral de algunas nebulosas. En el siglo XIX aún no se conocía que estas nebulosas eran en realidad galaxias diferentes a la nuestra. En particular estudio y describió en 1845 la que se llamó Nebulosa de Lord Rosse, conocida ahora como Galaxia del Torbellino o Messier 51, que está situada a 31 millones de años luz.

un búho soñando. Cuando volvió a abrir los ojos su fulgor se había extinguido y parecía cubrirlos una pátina de meditación. Comenzó a hablar más cauteloso que antes y en un tono más reflexivo:

—¿Qué puedo hacer? No creo que haya una montaña sobre la faz del globo lo suficientemente elevada como para alzarse por encima de esta inundación. ¡Hum, hum! Es inútil pensar en montañas. La inundación tendrá seis millas² de profundidad, seis millas desde el nivel actual del mar; mi último cálculo lo demuestra sin lugar a dudas. Y eso es sólo un mínimo, puede ser aún más. Ningún mortal sabe con exactitud lo que ocurrirá cuando la Tierra se sumerja en la nebulosa.

»Tendremos que flotar, eso es. Tendré que construir un arca. Seré un segundo Noé. Pero aconsejaré a todo el mundo que construya arcas.

»Millones de personas podrían salvarse así, porque la crecida no va a durar para siempre. Atravesaremos la nebulosa en unos meses, las aguas se retirarán gradualmente y las tierras más elevadas volverán a emerger. Pero será un tiempo muy largo; dudo que la Tierra vuelva a ser como antes. No habrá espacio, excepto para los peces... no quedará mucho de quienes habitamos los continentes.

Una vez más se sumió en una reflexión silenciosa. Mientras meditaba llamaron a la puerta. El hombrecillo se incorporó en su asiento, alerta como una ardilla y, volviendo los ojos por encima del hombro, escuchó atentamente. La llamada se repitió: tres golpes rápidos y secos. Lo reconoció de inmediato.

—Muy bien —gritó y, dejándose caer, corrió rápidamente a abrir la puerta.

Un hombre alto y delgado, con el pelo moreno y abultado, cejas pobladas, frente alta y estrecha, mentón ancho y bien afeitado, que sonreía solemnemente, entró y agarró al hombrecito por ambas manos.

—Cosmo —dijo, sin perder tiempo en preliminares—, ¿lo ha resuelto?

—Acabo de terminar.

—¿Y concluyó lo peor?

² Una milla equivale a 1609 metros. Así seis millas equivalen aproximadamente a nueve kilómetros y medio. En toda la traducción se mantendrán las mismas unidades de medida, imperiales casi siempre, que usó el autor. Una milla se divide en 1760 yardas, con lo que cada yarda equivale a 91 cm. Una yarda se divide en tres pies, con lo que cada pie equivale a poco más de 30 cm. Un pie se divide en doce pulgadas, con lo que cada pulgada son 25.4 mm.

—Sí, peor de lo que creí posible. Las aguas tendrán seis millas de profundidad.

—¡Uf! —exclamó el otro, con la sonrisa esfumándose—. Eso sí que es grave. ¿Y cuándo comenzará?

—Dentro de un año. Ahora estamos a trescientos millones de millas de esa nebulosa acuática. Y ya sabe que la Tierra recorre más que esa distancia en doce meses.

—¿La ha visto?

—¿Cómo podría verla? ¿No le he dicho que es invisible? Si se pudiera ver todos esos estúpidos astrónomos le habrían echado el ojo hace tiempo. Pero le diré lo que he visto.

La voz de Cosmo Versál se redujo a un susurro y se estremeció ligeramente al continuar:

—Anoche mismo estaba escrutando el cielo con el telescopio cuando noté, en Hércules, la Lira y en toda esa parte del espacio, un oscurecimiento de algunas de las estrellas menos brillantes. Era como la sombra de la mortaja de un fantasma. Nadie más lo habría notado... y yo tampoco de no haberlo buscado. Es el conocimiento lo que nos aclara los ojos, engendrando así más conocimiento, Joseph Smith. No era realmente visible y aun así pude ver que estaba allí. Traté de distinguir su forma, pero era demasiado indefinida. Pero sé muy bien lo que es. Mire aquí —se interrumpió de repente—, mire esa fotografía —señalaba la nebulosa de Lord Rosse en la pared—. Es así, sólo que viene de canto hacia nosotros. Puede que nos libremos de algunas de las espirales más exteriores, pero nos vamos a estrellar contra el centro.

Con la mandíbula caída y las oscuras cejas encogidas Joseph Smith miró fijamente la fotografía.

—No brilla así —dijo al fin.

El hombrecillo resopló desdeñoso.

—¿Qué le he dicho sobre su invisibilidad? —inquirió.

—Pero, entonces, ¿cómo sabe que es de naturaleza acuática?

Cosmo Versál levantó las manos y las agitó en una agonía de impaciencia. Se subió a su taburete para acercarse a la altura de sus ojos y, fijando en él la mirada, exclamó:

—Sabe muy bien cómo lo sé. Lo sé porque he demostrado con mi innovador espectroscopio, que analiza los rayos extravisuales, que todas esas nebulosas oscuras fotografiadas en la Vía Láctea desde hace años están

compuestas por vapor de agua. Están muy lejos, en los límites del universo³. Ésta es una de las cercanas. Es pequeña comparada con ellas, pero es suficiente. ¡Sí, suficiente! Sabe que hace más de dos años empecé a mantener correspondencia con astrónomos de todo el mundo sobre ello y ninguno de ellos ha querido escucharme. Bueno, tal vez me escuchen cuando sea demasiado tarde.

»Me escucharán cuando se abran las compuertas del cielo y comience la inundación. No es la primera vez que esto ocurre. No tengo ninguna duda de que el diluvio de Noé, del que todo el mundo pretende reírse ahora, fue causado por el paso de la Tierra a través de una nebulosa de agua. Pero esta vez será peor; entonces no había dos mil millones de personas que pudieran ahogarse.

Durante cinco minutos ninguno de los dos habló. Cosmo Versál se balanceaba en el taburete y jugaba con un elipsógrafo; Joseph Smith apoyaba la barbilla sobre el pecho y se metía nerviosamente los dedos en los bolsillos del chaleco. Por fin levantó la cabeza y, en voz baja, preguntó:

—¿Qué va a hacer, Cosmo?

—Voy a prepararme —fue la escueta respuesta.

—¿Cómo?

—Construyendo un arca.

—¿Pero no dará aviso a los demás?

—Haré todo lo que pueda. Telefonaré a todos los funcionarios, científicos o no, de América, Europa, África, Asia y Australia. Escribiré en todos los idiomas a todos los periódicos y revistas. Enviaré circulares. Aconsejaré a todo el mundo que abandone cualquier otra ocupación y comience a construir arcas. Pero nadie me hará caso... ya lo verá. Mi arca será la única, pero salvaré a todos los que pueda en ella. Y dependo de usted, Joseph, para que me ayude. Por lo que parece, es la única oportunidad que tiene la raza humana de sobrevivir.

»Si no hubiera hecho este descubrimiento todos pereceríamos como mineros en un pozo inundado. Podemos persuadir a unos pocos para que se salven... pero qué horrible será que cuando la verdad se le arroje a la cara la gente no la creerá, no escuchará, no verá, no aceptará ser ayudada, sino que morirán como perros en su obstinada ciega ignorancia.

³ Hasta entrados los años 20 el siglo XX se pensaba que la Vía Láctea era todo el Universo y que lo que hoy sabemos que son galaxias separadas no eran más que nebulosas dentro de ella. Esto cambió gracias al astrónomo estadounidense Edwin Hubble (1889-1953), quien estudió las nebulosas, observando en las más cercanas que estaban compuestas por estrellas individualizables y descubrimiento el corrimiento al rojo de las más lejanas.

—Pero lo harán, han de escucharle —dijo Joseph Smith con entusiasmo.

—No lo harán, pero debo persuadirles —respondió Cosmo Versál—. Al menos, debo conseguir que algunos de entre los mejores me escuchén. El destino de toda una raza está en juego. Si podemos salvar a un puñado de la mejor sangre e intelecto de la humanidad el mundo tendrá una nueva oportunidad. Quizá se obtenga una raza de mayor altura. Como no puedo salvarlos a todos habré de escoger. Tendré a la flor y la nata de la humanidad en mi arca. Al menos arrebataré eso de sus fauces a la destrucción indiscriminada.

El hombrecito se estaba poniendo muy serio y sus ojos ardían con el fuego de los propósitos entusiastas. Dejaba caer la cabeza sobre un lado, pues parecía demasiado pesada para el esbelto tallo que era su cuello, pero transmitía una impresión de inmenso poder intelectual y daba fuerza a sus palabras.

—La flor y la nata de la humanidad —continuó tras una breve pausa—. ¿Quién la compone? Yo he de decidirlo. ¿Son los multimillonarios? ¿Son los reyes y gobernantes? ¿Son los científicos? ¿Son los líderes de la sociedad? ¡Bah! Tendré que pensar en eso. No puedo llevarlos a todos, pero a todos les daré la oportunidad de salvarse... aunque bien sepa que no seguirán el consejo.

Aquí hizo una pausa.

—¿No servirán los barcos existentes, especialmente si se construyen más? —preguntó Joseph Smith de repente, interrumpiendo el hilo de pensamiento de Cosmo.

—En absoluto —fue su réplica—. Son inútiles para el tipo de navegación que se exigirá. No flotan lo suficiente, ni son muy manejables. Y carecen de suficiente capacidad de carga para la energía y las provisiones. Se inundarán en los muelles o, si escapan, se hundirán en pocas horas. Sólo servirán las arcas específicamente construidas. Y aquí tengo más problemas, pues debo idear un nuevo tipo de embarcación. ¡Cielos, qué poco tiempo! ¿Por qué no pude haber descubierto esto hace diez años? No ha sido hasta hoy cuando he conocido toda la verdad, aunque haya trabajado en ello durante tanto tiempo.

—¿Cuántos cabrán en su arca? —preguntó Smith.

—Es pronto para saberlo. Es una cuestión para considerarla cuidadosamente. Construiré la nave con este nuevo metal, el levio, la mitad de pesado que el aluminio y el doble de fuerte que el acero. Debería encontrar espacio sin la menor dificultad para unos mil en su interior.

—¡Seguramente muchos más que esos! —exclamó Joseph Smith—. Quiero decir, ya hay transatlánticos que transportan varias veces más⁴.

—Olvida —replicó Cosmo Versál— que debemos tener provisiones suficientes para mucho tiempo, porque no podemos contar con que emerja pronto ninguna tierra, ni siquiera la más montañosa, e incluso los alimentos mejor comprimidos ocupan mucho espacio cuando se necesitan en gran cantidad. No convendría tampoco sobrepoblar la nave, pues invita a las enfermedades. Además, he de llevar muchos animales.

—Animales... —repitió Smith. No había pensado en ello. ¿Pero es necesario?

—Absolutamente. ¿Tendría menos previsión que Noé? No voy a imitarlo tomando macho y hembra de cada especie, pero al menos he de prever la repoblación de la tierra que emerja sobre las aguas con los animales más útiles para el hombre. Además, los animales son esenciales para la vida. Cualquier químico agrícola se lo diría. Desempeñan un papel indispensable en el ciclo vital del suelo. También debo llevar ciertas especies de insectos y aves. Telefonaré al profesor Hergeschmitberger⁵ de Berlín para saber con precisión cuáles son las especies de importancia capital del reino animal.

—¿Y cuándo comenzará la construcción del arca?

—Ahora. No hay un momento que perder. Y es igualmente importante difundir avisos inmediatamente. Ahí puede ayudar. Usted sabe lo que quiero decir. Escribálos de inmediato; tan contundentes como sea capaz. Envíelos a todas partes, haga carteles, llévelos a las oficinas de los periódicos. Llame por teléfono, en mi nombre, al Instituto Carnegie, al Instituto Smithsonian, a la Royal Society⁶, a la francesa, a la rusa, a la italiana, a la

⁴ En 1911, año en que se publicó *El Segundo Diluvio*, entró en servicio el Olympic, un transatlántico con capacidad para 3500 personas entre pasaje y tripulación, siendo en su momento el mayor transatlántico del mundo. Era el barco hermano del Titanic, que naufragaría un año después, en su viaje inaugural. El mayor transatlántico en la actualidad (2024), el Icon of the Seas, puede embarcar a 9900 personas entre pasaje y tripulación.

⁵ A diferencia de como ocurre con la novela de Serviss de 1898 *Edison conquista Marte* (El Cilindro, Clásicos de la ciencia ficción 02), en la que aparecen como personajes muchos científicos y políticos reales de su tiempo, todos los científicos y otros personajes que se mencionan en *El Segundo Diluvio* son inventados.

⁶ El Instituto Carnegie es una organización filantrópica fundada en 1904 por Andrew Carnegie, con sede en Washington D.C. El Instituto Smithsonian es un centro de educación e investigación fundado en 1846 como legado de James Smithson, con sedes en Washington D.C., Nueva York, Virginia y Panamá. La Royal Society es una sociedad científica

alemana y a todas las demás sociedades científicas en cualquier lugar del mundo.

»No descuide ni el más nimio canal de publicidad. Gracias al cielo, el dinero para pagar todo esto no falta. Si mi buen padre, cuando amasó su fortuna con los rendimientos de la Compañía Aérea Transcontinental⁷, hubiera podido prever el uso que su hijo le daría para el beneficio... ¿qué digo, para el beneficio?... ¡no!... para la salvación de la humanidad, se habría regocijado por su obra.

—Ah, eso me recuerda —exclamó Joseph Smith— que estaba a punto de preguntarle, hace unos minutos, por qué las aeronaves no servirían para este asunto. ¿No podría la gente salvarse de la inundación refugiándose en la atmósfera?

Cosmo Versál miró a su interlocutor con una sonrisa irónica.

—¿Sabe usted —preguntó— cuánto tiempo puede mantenerse en vuelo un dirigible? ¿Sabe usted para qué autonomía pueden ser provistos de combustible los mejores tipos de aviones? No hay ningún tipo de embarcación aérea que pueda mantenerse más de dos semanas sin tocar tierra firme, y para eso precisa de mucho combustible. Si logramos salvar a la humanidad ahora y darle otra oportunidad, tal vez llegue el momento en que la energía pueda ser extraída del éter del espacio y los hombres puedan flotar en el aire tanto como deseen.

»Pero con el actual estado del arte habremos de volver al plan de Noé y confiar en el poder de flotación del agua. Preveo que, cuando comience el diluvio, la gente acudirá en masa a las tierras altas y a las montañas en naves aéreas, pero ¡caramba! eso no les salvará. Recuerde lo que he dicho: ¡esta inundación tendrá seis millas de profundidad!

La segunda mañana después de la conversación entre Cosmo Versál y Joseph Smith, Nueva York se sobresaltó al ver, en enormes letras rojas, en

británica instituida en 1662 y con sede en Londres. A día de hoy (2024) las tres perviven y se mantienen muy activas.

⁷ *El Segundo Diluvio* se publicó en 1911, pero no sería hasta 1923 cuando los aviadores John Macready y Oakley Kelly consiguieran volar entre Nueva York y California, logrando así el vuelo transcontinental. Por su parte, en 1919 los aviadores británicos John William Alcock y Arthur Whitten Brownse habían conseguido el primer vuelo transatlántico. Y no sería hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando la aviación civil se convirtió en un negocio multimillonario. Que atribuya la fortuna del padre de Cosmo Versál a la aviación nos puede dar una idea de la capacidad de anticipación de nuestro buen Garrett P. Serviss, quien ya en el año 1900, años antes del primer vuelo de los Wright, en su *novelle* *El metal de la Luna* (El Cilindro, Clásicos de la ciencia ficción 01), ya había anticipado las aerolíneas comerciales.

cada pared vacía, en los flancos desnudos de los altísimos rascacielos, en las elevadas estaciones de las líneas aéreas, en las vallas, en los carteles publicitarios a lo largo de las carreteras suburbanas, en las estaciones de metro y revoloteando en cometas sobre la ciudad, el siguiente anuncio:

¡EL MUNDO SE VA A AHOGAR!

¡Sálvense mientras puedan!

Abandonen sus quehaceres, ya no importan.

Construyan arcas: ¡es su única salvación!

Una nebulosa de agua va a envolver la Tierra.

¡No hay escapatoria!

Cientos de millones se ahogarán.

Tiene pocos meses para prepararse.

Más información: Cosmo Versál, 3000 Quinta Avenida.

CAPÍTULO II. BURLÁNDOSE DEL DESTINO

CUANDO NUEVA YORK SE RECUPERÓ DEL PRIMER IMPACTO DE LOS EXTRAORDINARIOS carteles se puso a reír a carcajadas. Todo el mundo sabía quién era Cosmo Versál. Sus excentricidades habían llenado muchas columnas en los periódicos. Sin embargo, también había cierto respeto por él, debido a su extraordinaria capacidad intelectual y a sus incuestionables conocimientos científicos. Pero su imaginación era tan libre como el viento y a menudo le conducía por vericuetos imposibles de seguir que hacían que hasta los científicos que le eran más adeptos movieran la cabeza. Decían de él que era capaz, pero caprichoso. El público lo consideraba brillante y divertido.

Su padre, surgido no se sabe de dónde en el sureste de Europa, que había empezado como vendedor de periódicos en Nueva York y se había abierto camino en el mundo financiero, había dejado toda su fortuna a Cosmo. Éste no tenía gusto por las finanzas o los negocios, sino un apetito voraz por la ciencia a la que, a su manera, dedicó todas sus facultades, todo su tiempo y todo su dinero. Nunca se casó, nunca se le vio en sociedad y tenía muy pocas amistades, aunque todo el mundo lo conocía de vista o por su reputación. No había organismo o asociación científica de importancia en el mundo del que no formara parte. Quienes miraban con recelo sus extrañas ideas aceptaban con gusto su ayuda económica.

La idea de que el mundo quedaría sumergido se había apoderado de él unos tres años antes de la escena que abría esta narración. Para desarrollar esa idea construyó un observatorio, montó un laboratorio e inventó instrumentos, incluido su extraño espectroscopio, del que se había burlado el mundo científico.

Finalmente, sometiendo los resultados de sus observaciones a un tratamiento matemático demostró, para su propia satisfacción, la absoluta corrección de su tesis de que el llamado «movimiento propio del Sistema Solar» estaba a punto de dar lugar a un encuentro entre la Tierra y una invisible nebulosa constituida por agua, que tendría el efecto de anegar el globo. A medida que esta asombrosa idea fue tomando forma la comunicó a los hombres de ciencia de todos los continentes. Pero no consiguió encontrar ni un solo discípulo, excepto en su amigo Joseph Smith quien, sin poder seguir todos sus razonamientos, aceptó confiado las conclusiones de la poderosa mente de Cosmo. Así que, al término de su investigación, reclutó a Smith como secretario, propagandista y agente publicitario.

II. BURLÁNDOSE DEL DESTINO

Nueva York se rio durante todo un día y una noche de las advertencias en letras rojas. Eran la comidilla de la ciudad. La gente bromeaba sobre ellas en los cafés, en los clubes, en casa, en las calles, en las oficinas, en la Bolsa, en los tranvías, en el tren elevado y en el metro. En las esquinas se reunían multitudes para contemplar los carteles ondeando bajo las cometas. Los periódicos vespertinos publicaban especiales sobre la inundación que se avecinaba, y en todas partes se oía el grito de los vendedores: «¡Extra! ¡Extra! ¡Mil millones de personas ahogadas! Cosmo Versál predice el Fin del Mundo». En sus páginas editoriales los periódicos no escatimaban narraciones tenebrosas ni imágenes terroríficas, que cubrían las portadas, con mofas al autor de la formidable predicción.

The Owl, que fue el único periódico que puso la noticia en media columna con tipos ordinarios, adoptó una actitud judicial. Pidió a las autoridades de la ciudad que eliminaran los carteles y sugirió que «esta persona absurda, Cosmo Versál, que deshonra un nombre antaño honrado con su intento infantil y sensacionalista que puede causar un daño incalculable entre las masas ignorantes», se había expuesto a un proceso penal.

Varios periódicos publicaron en su última edición una entrevista con Cosmo Versál en la que aportaba cifras y cálculos que, a primera vista, parecían ofrecer una prueba matemática de la exactitud de su pronóstico. Con un lenguaje apasionado, imploraba al público que creyera que no les engañaba, hablaba de la urgencia de construir arcas seguras y afirmaba que la presencia de la terrible nebulosa que tan pronto iba a ahogar al mundo ya se manifestaba en los cielos.

Algunos lectores de tan seguras afirmaciones empezaron a vacilar, especialmente cuando se enfrentaban a unas matemáticas que no comprendían. Pero, aun así, en general, la risa continuó. Uno de los mayores teatros estalló en carcajadas cuando un comediante brillante, siempre al tanto de los temas de actualidad, apareció imitando la conocida figura de Cosmo Versál, tocado con una cabeza calva tan grande como un tonel, danzando con una hermosa bailarina, a la que había rescatado con gallardía de un océano de tapetes verdes, mientras cantaba a voz en cuello:

Oh, la Nebulosa viene
a ahogar la Tierra canalla,
con sus espirales zumbando
en una alegre danza.

Coro:

No lo dudes un segundo,

II. BURLÁNDOSE DEL DESTINO

prepárate y embarca,
salta a la seguridad
con Cosmo y su arca.

La nebulosa es un mal bicho
que el éter azul ha cruzado.
Está airada por lo que ha oído
y ya en ti se ha fijado.

Coro: No lo dudes un segundo...

Cuando la nebulosa rocíe
a tu media naranja,
sabrás que ha llegado el momento
de pensar en salvar a tu amada.

Coro: No lo dudes un segundo...

Rebosará el Atlántico
anegando las altas montañas,
y también al ancho Pacífico.
De tierra no quedará nada.

Coro: No dudes ni un segundo....

Tiene a los astros en deuda,
la Vía Láctea en arriendo;
los planetas están en mora
y ya le deben mucho dinero.

Coro: No dudes ni un segundo...

Las carcajadas y los aplausos con los que fue recibido este humorístico vodevil mostraban el alegre espíritu con el que el público se tomó el asunto. Se notaba que las «masas ignorantes» aún no habían sufrido ningún daño.

Pero a la mañana siguiente se produjo un cambio sospechoso en la mentalidad popular. La gente se sorprendió al ver nuevos carteles en lugar de los antiguos, con letras y lenguaje más escabroso que los originales. Los periódicos de la mañana llevaban columnas más descriptivas, comentarios y algunos de ellos parecían dispuestos a tratar al profeta y su predicción con cierto grado de seriedad.

Los sabios, entrevistados atropelladamente, no hablaban de forma muy convincente y cometieron el error de despreciar tanto a Cosmo como al «público crédulo».

Naturalmente, al público no le agradó. El péndulo de la opinión comenzó a oscilar en sentido contrario. Cosmo apoyó su causa enviando a

todos los periódicos una declaración cuidadosamente preparada de sus observaciones y cálculos en la que se expresaba con tal fuerza de convicción que pocos podían leer sus palabras sin sentir un estremecimiento de atención. Reforzó esto publicando los despachos que mostraban que había transmitido sus advertencias a todos los organismos científicos conocidos del mundo, los cuales, aunque acusaron respuesta, no habían dado ninguna respuesta concreta.

Y entonces llegó una nota que favorecía la alarma en un boletín del nuevo observatorio del monte McKinley⁸, que afirmaba que durante la noche anterior se había detectado una singular oscuridad en el cielo boreal, que parecía velar muchas estrellas por debajo de la duodécima magnitud. Se añadía que el fenómeno no tenía precedentes, pero que la observación era tan difícil como incierta.

En ningún lugar era tan marcada la atmósfera de duda y misterio, que ahora comenzaba a cernirse sobre el público, como en Wall Street. Las corrientes del dinero respondían allí como ondas eléctricas a un imán y, para consternación de los observadores de cabeza más fría, el mercado cayó como si hubiera sido golpeado con un mazo. Las acciones bajaron cinco, diez e incluso veinte puntos en pocos minutos.

Las acciones más especulativas se desplomaron como el trigo en un silo cuando se abren las tolvas. Nadie pudo averiguar el origen exacto del movimiento, pero las órdenes de venta se amontonaron hasta que se produjo un verdadero pánico.

Desde Londres, París, Berlín, Viena, San Petersburgo, llegaron despachos anunciando que las mismas bajadas irracionales se había manifestado allí. Todos se unieron para responsabilizar a Cosmo Versál de la absurda caída de los precios. Los gurús de las finanzas se apresuraron a acudir a las bolsas para tratar de detener la caída con explicaciones y advertencias, pero fue en vano.

Esa tarde, sin embargo, la razón retomó parcialmente las riendas; se notó una rápida recuperación y muchos de los que se habían apresurado a vender todo lo que tenían, encontraron motivos para lamentarse por su precipitación. Al día siguiente todo se había recuperado, en lo que respecta a la bolsa, pero entre el pueblo en general el veneno de la credulidad, que ya se había despertado, continuó extendiéndose alimentado por nuevos anuncios.

⁸ El McKinley, también llamado Denali, es el pico más alto de Norteamérica (6190 metros), situado en Alaska.

Cosmo hizo otra declaración, indicando que había perfeccionado sus diseños para un arca y que comenzaría a construirla de inmediato en la vecindad de Nueva York. No sólo se ofreció a entregar los planos gratuitamente a cualquiera que deseara comenzar otras construcciones por su cuenta, sino que los instó, en nombre del Cielo, a no perder tiempo. Esto produjo un efecto prodigioso, y las multitudes comenzaron a contagiarse de un miedo sin parangón.

Mientras tanto, se produjo una escena extraordinaria, a puerta cerrada, en la sede del Instituto Carnegie en Washington. Joseph Smith, actuando bajo la dirección de Cosmo Versál, había enviado al jefe de la institución un elaborado resumen de sus argumentos, acompañado de completos detalles matemáticos. El carácter de este documento era tal que no podía ser ignorado. Los sabios que componían el consejo de la asociación científica más importante del mundo eran conscientes del estado de ánimo del público y consideraban que les correspondía hacer algo para rebajar la alarma. En los últimos años se les había concedido una especie de supervisión sobre las noticias científicas de todo tipo y consideraban que un deber recaía ahora sobre sus hombros.

En consecuencia, se convocó una reunión especial para examinar la comunicación de Cosmo Versál. Consideraban, en general, que un pequeño examen crítico daría como resultado una prueba completa de la falacia de todo su trabajo, prueba que podría ponerse en una forma que hasta el más inculto la entendería.

Pero tan pronto como los estudios, los diagramas y las fórmulas matemáticas se extendieron sobre la mesa, bajo los inteligentes ojos de los doctos miembros del consejo, un escalofrío de consciente impotencia los estremeció. Vieron que las matemáticas de Cosmo eran impecables. Las fórmulas estaban deducidas con precisión y sus operaciones eran absolutamente correctas.

No podían hacer otra cosa que atacar los datos en que se fundamentaba, que se basaban en las presuntas revelaciones de su nuevo tipo de espectroscopio y en observaciones telescópicas descritas con tal grado de detalle que la única forma de refutarlas era la afirmación general de que eran ilusorias. El público consideró este método como muy insatisfactorio, porque sólo consistía en atacar la credibilidad de un testigo que tan sólo pretendía describir lo que él mismo había visto. No hay nada tan difícil de desacreditar.

Así, Cosmo tuvo de su lado toda la fuerza de esa curiosa tendencia de la mente humana de inclinarse hacia lo que es extraordinario, revolucionario y misterioso.

Pero surgió una dificultad aún mayor. Se ha mencionado el extraño boletín del observatorio del Monte McKinley. Había sido difundido incautamente al público por un observador irreflexivo, más atento a describir un fenómeno singular que a considerar su posible efecto en la imaginación popular. Inmediatamente fue desmentido por sus superiores, lo que le cerró la boca. Pero había dicho la simple verdad. Lo embarazoso del tema fue evidente cuando, sobre la misma mesa alrededor de la que se reunían los sabios, se colocaron tres despachos recibidos en rápida sucesión de los grandes observatorios del monte Hekla, en Islandia, del Cabo Norte y de Kamchatka⁹. Todos ellos corroboraban la declaración del observador del monte McKinley, de que un inexplicable velo a las estrellas débiles se había manifestado en la porción boreal del cielo.

Cuando el presidente leyó estos despachos, que los remitentes habían tenido la precaución de marcar como «confidencial», los miembros del consejo se miraron unos a otros no poco consternados. Se trataba de la corroboración más libre de prejuicios de la afirmación de Cosmo Versál de que la gran nebulosa estaba ya dentro del alcance de la observación. ¿Cómo podían rebatir semejante testimonio y qué iban a hacer con él?

Dos o tres de los miembros empezaron a sentir flaquear sus convicciones.

—¡Por Dios! —exclamó el profesor Alexander Jones— ¡Pero esto sí que es atípico! Supongan que, después de todo, el tipo tenga razón.

—¡Que tenga razón! —gritó el presidente, el profesor Pludder, con desdén—. ¿Quién ha oído hablar de una nebulosa acuática? La cosa es absurda.

—No veo que sea absurda —replicó el profesor Jones—. Hay muchas pruebas de la existencia de hidrógeno en algunas nebulosas.

—Así es —replicó el profesor Abel Able—, y si hay hidrógeno puede haber oxígeno. Y ahí tiene todo lo necesario. Lo que es absurdo no es la idea de que una nebulosa pueda consistir en vapor de agua, sino que una

⁹ El monte Hekla es un volcán activo de 1491 m, situado en el sur de Islandia. El Cabo Norte es un promontorio localizado en la isla de Magerøya, en el norte de Noruega. Kamchatka es una península montañosa situada en el nororiente de Rusia. Ninguno de ellos tiene ni tuvo observatorios astronómicos, al igual que tampoco el monte McKinley.

nebulosa de agua lo suficientemente grande como para ahogar la Tierra al condensarse pueda haberse acercado tanto como debe de estar ahora sin delatar antes su presencia.

—¿Cómo es eso? —demandó una voz.

—Por su atracción. Cosmo Versál dice que ya está a menos de trescientos millones de millas. Si es lo suficientemente masiva como para sumergir la Tierra debería de haber sido descubierta hace tiempo por su perturbación de las órbitas planetarias.

—¡En absoluto! —exclamó el profesor Jeremiah Moses—. Si se aferra a ese argumento usted seguro que sí se ahogará. Sólo hay que ver estos hechos. La Tierra pesa seis mil quinientos trillones de toneladas, y el océano un trillón y medio¹⁰. La profundidad media de los océanos es de dos millas y media. Ahora bien, si el nivel de los océanos se elevara sólo unos mil seiscientos pies, prácticamente todas las partes habitadas del mundo se inundarían. Para causar ese aumento en el nivel de los océanos sólo habría que añadir una octava parte a su masa total o, digamos, una séptima parte, para considerar también el exceso de superficie a cubrir. Eso sería una treinta milésima parte del peso del globo y, suponiendo que sólo una centésima parte de toda la nebulosa se condensara en la Tierra, la masa total de la nebulosa no tendría que exceder de una trescientosava parte del peso de la Tierra, o de una cuarta parte del de la Luna. Nadie aquí se atreverá a decir que el acercamiento de una masa así se descubriría por su atracción cuando estuviera a trescientos millones de millas.

Varios de los astrónomos presentes sacudieron la cabeza ante esto y el profesor Pludder declaró, irritado, que era absurdo:

—La atracción sería perceptible cuando estuviera a mil millones de millas —continuó.

—Sí, «perceptible», lo admito —replicó el profesor Moses—, pero igualmente no se notaría, porque no se buscaría a menos que la nebulosa fuera visible primero, e incluso entonces se necesitarían meses de observaciones para detectar los efectos. ¿Y cómo va a contradecir esos boletines? La cosa empieza a ser visible ahora y apuesto a que si a partir de este mo-

¹⁰ Como es sabido, los países anglosajones llaman *billion* a mil millones y *trillion* al billón, y la norma sigue a medida que se asciende en la escala. Así, en el original figuran *six and a half sextillions* y *one and a half quintillions*, que son en español las cantidades que indica el texto.

mento se estudian cuidadosamente los movimientos planetarios se encontrarán pruebas de que la perturbación es cada vez más fuerte. Versál ha señalado eso mismo y ha calculado las perturbaciones. Todo esto nos ha llegado como un intruso mientras dormíamos.

—Será mejor que se dé prisa y se asegure un lugar en el arca —dijo el profesor Pludder sarcásticamente.

—No sé. Lo haré, si puedo conseguir uno —respondió el profesor Moses—. Puede que dentro de unos meses no le parezca un asunto tan gracioso.

—Me sorprende —prosiguió el presidente— que un hombre de su categoría científica se ponga en evidencia tomando en serio una tontería así. Le digo que todo esto es absurdo.

—¡Y yo le digo que lo absurdo es decir eso! —replicó el profesor Moses, perdiendo la calma—. Usted tiene bajo su control cuatro de los mayores telescopios del mundo. ¿Por qué no ordena a sus observadores que la busquen?

El profesor Pludder, que era un hombre muy grande, alzó su rotunda figura y, golpeando sonoramente el puño sobre la mesa, exclamó:

—¡No haré nada tan ridículo! Estos boletines están bajo el indudable influjo de la excitación popular. Posiblemente haya habido un poco de oscuridad en la atmósfera, cirros o algo así, y los observadores han imaginado el resto. No voy a insultar a la ciencia alentando los métodos de observación de un charlatán como Cosmo Versál. Lo que tenemos que hacer es preparar un despacho de prensa que tranquilice al populacho y ponga a esta institución del lado del sentido común y de la tranquilidad pública. Que el secretario componga dicho despacho. Luego lo editaremos y lo enviaremos.

El profesor Pludder, dictatorial por naturaleza, era a veces un poco altivo pero, siendo un hombre de gran capacidad y universalmente respetado por su alto rango en el mundo científico, sus colegas generalmente se plegaban a sus decisiones. En esta ocasión su fuerte carácter bastó para acallar a los escépticos y, cuando la declaración destinada a la prensa recibió sus últimos retoques, no contenía ya ningún indicio de las semillas de la discordia que Cosmo Versál había sembrado entre los más destacados sabios de América. A la mañana siguiente apareció en todos los periódicos lo que sigue:

Declaración oficial del Instituto Carnegie.

Como consecuencia de la excitación popular causada en Nueva York por una sensacional declaración, pretenciosa y carente de conocimiento científico, el Consejo de este Instituto declara oficialmente que ha examinado los supuestos fundamentos en los que se basa la predicción de un gran diluvio, que sería causado por una nebulosa que se fuera a encontrar con la Tierra y concluye, como todos los verdaderos hombres de ciencia sabían de antemano, que todo ello es simplemente una patraña.

Las nebulosas no están compuestas de agua; si estuvieran compuestas de agua no podrían causar un diluvio en la Tierra; el informe de que un inusual objeto nebuloso es visible en los cielos despejados se basa en una interpretación errónea; y, finalmente, los supuestos cálculos del autor de este inexcusable bulo carecen de fundamento y de toda validez.

Se aconseja encarecidamente al público que no preste más atención al asunto. Si existiera algún peligro para la Tierra, y tal cosa no debe considerarse seriamente, los astrónomos lo sabrían con mucha antelación y darían la debida advertencia oficial.

Desgraciadamente para el efecto de este pronunciamiento en la población, en la misma mañana en que apareció impreso, treinta mil personas se agolpaban en torno al viejo campo de aviación de Mineola¹¹ observando con entusiasmo a Cosmo Versál acompañado de quinientos obreros que colocaban los cimientos de una enorme plataforma. Mientras, alrededor del campo extendían lonas con este texto:

EL ARCA DE LA SEGURIDAD

Está invitado a inspeccionarla.

Se proporcionarán planos sin coste para construcciones similares.

Se pueden construir pequeñas arcas familiares.

Actúe mientras esté a tiempo.

¹¹ Mineola es una localidad situada en la vecindad de Nueva York, en la isla de Long Island. Cinco años después de que Serviss escribiera este párrafo se fundó en ella el *Hempstead Plains Aerodrome*, que luego se convirtió en el aeródromo *Roosevelt Field*. Fue escenario de algunos vuelos históricos, como la primera travesía en solitario del Atlántico.

II. BURLÁNDOSE DEL DESTINO

La multitud notó a primera vista que se trataba de una obra que costaría millones. El despliegue de tan inmenso gasto, junto a la evidencia de que Cosmo respaldaba sus palabras con su dinero, reforzaban silenciosamente sus argumentos. En medio de todo, corriendo de un lado a otro entre sus hombres, estaba Cosmo impresionando a todos los espectadores con la sensación de que había un gran intelecto al mando.

Como la capa gris de Napoleón en un campo de batalla, la visión de esa ancha frente generaba confianza.

MUESTRA

CAPÍTULO V. LA TERCERA SEÑAL

EN MEDIO DE LA NOCHE, EN NUEVA YORK, CIENTOS DE MILES DE PERSONAS se despertaron simultáneamente con una sensación de asfixia. Luchaban por respirar, como si de repente se hubieran sumergido en un baño de vapor. El aire era caliente, pesado y terriblemente opresivo. Abrir las ventanas no les proporcionó ningún alivio. El aire exterior era tan sofocante como el interior.

Estaba tan oscuro que, al mirar hacia fuera, uno no podía ver ni la puerta de su propia casa. Las farolas de la calle parpadeaban con un ineficaz resplandor azul que no alcanzaba a iluminar mucho a su alrededor. Las luces de las casas, cuando se encendían, parecían pequeñas velas encapsuladas en gruesos globos azules.

Hombres y mujeres, asustados, daban tumbos en la penumbra de sus cuartos tratando de vestirse. Los gritos y las exclamaciones resonaban de una habitación a otra. Los niños gemían y sus madres, histéricas, corrían alocadamente de un lado a otro, buscando a sus pequeños. Muchos se desmayaron, en parte por el terror y en parte por la dificultad para respirar. Los enfermos, presos de una terrible opresión en el pecho, jadeaban, y ya nunca se levantarían de sus camas.

En todas las ventanas y en todos los portales de la ciudad se agolpaban cabezas y formas invisibles que sólo se revelaban por sus voces. Los aturcidos habitantes se esforzaban por mirar a través de la extraña oscuridad y averiguar la causa de este fenómeno aterrador. Algunos consiguieron echar un borroso vistazo a sus relojes acercándolos a las lámparas y así anotaron la hora. Eran las dos de la mañana.

Los vecinos, invisibles unos a otros, se llamaban. Pero obtenían poco consuelo con las respuestas.

—¿Qué es esto? En nombre de Dios, ¿qué ha pasado?

—No lo sé. Apenas puedo respirar.

—¡Es horrible! Nos asfixiaremos todos.

—¿Será un incendio?

—¡No! No puede ser un incendio.

—El aire está lleno de vapor. Las paredes y los cristales de las ventanas chorrean humedad.

—¡Cielos! Es sofocante.

Entonces, a miles de mentes regresó a la vez el pensamiento de la inundación. El recuerdo de las reiteradas advertencias de Cosmo Versál

volvió con una fuerza abrumadora. Debía de ser la tercera señal que él había predicho. ¡Había llegado de verdad! Aquellas fatídicas palabras, «diluvio» y «Cosmo Versál», corrieron de boca en boca y petrificaron los corazones de los que las pronunciaban y de los que las escuchaban.

Habría de ser un hombre audaz, más confiado en sus facultades de descripción que quien suscribe esto, quien intentara describir las escenas de aquella temible noche en Nueva York.

Millones de personas jadeantes y aterrorizadas anhelaban la hora del amanecer con la esperanza de que entonces se disiparía esa oscuridad estigia, para que pudieran, al menos, ver a dónde ir y qué hacer. Muchos, oprimidos por el aire casi irrespirable, se perdieron en su desesperación y dejaron de creer en que la luz tan siquiera volvería.

En medio de todo esto se produjo una colisión, directamente sobre Central Park, entre dos aeroexpresos, uno procedente de Boston y otro de Albany. (El uso de pequeños aviones dentro de los límites de la ciudad había sido prohibido durante algún tiempo, por el constante riesgo de colisiones, pero las líneas de larga distancia estaban autorizadas a entrar en el distrito metropolitano, aterrizando y despegando desde torres especialmente construidas para ello). Estos dos, atestados de pasajeros, habían perdido, como se conoció después, completamente la orientación. Incluso las luces eléctricas más potentes eran invisibles a unos cientos de pies de distancia, mientras que las señales inalámbricas eran confusas. Antes de que vieran el peligro, impactaron.

La colisión se produjo a una altura de mil pies, en el lado del parque que da a la Quinta Avenida. Las dos aeronaves quedaron destrozadas y sus cubiertas hechas un acordeón¹⁶. Los desafortunados tripulantes y pasajeros se precipitaron al suelo a través de la impenetrable oscuridad. Sólo un puñado, que tuvieron la suerte de enredarse entre las partes más ligeras de los restos, escaparon con vida. Pero estaban demasiado malheridos para ponerse en pie y allí quedaron tendidos, con un sufrimiento incrementado por el aire sofocante y por el horror de su inexplicable situación, hasta que fueron encontrados y auxiliados más de diez horas después de su caída.

¹⁶ La novela se escribió en 1911, con la aeronáutica en mantillas y mucho antes de que existiera la aviación comercial. Por su descripción da la impresión de que Serviss imagina un avión comercial (*airship*) como una parte voladora (*aeroplane*) de la que se suspende una especie de cubierta (*deck*) de pasajeros. Tal vez al estilo de lo que eran en su época los dirigibles. El original dice así: *both of the airships had their aeroplanes smashed and their decks crumpled up.*

El ruido de la colisión se había oído en la Quinta Avenida y se entendió su procedencia, pero en medio del terror reinante nadie pensó en tratar de ayudar a las víctimas. Todo el mundo estaba absorto preguntándose qué sería de sí mismo.

Cuando se acercó la tan ansiada hora del amanecer los observadores quedaron horrorizados por la ausencia del más mínimo indicio de la salida del sol. No se aclaró el denso manto de oscuridad y la gran ciudad parecía muerta. Por primera vez en su historia no se despertó después de su habitual período de reposo ni atronó con sus innumerables voces. No se la veía, no se la oía, no daba señal. A juzgar por sus indicaciones externas la poderosa capital había dejado de existir.

Fue, más que casi cualquier otra circunstancia, este espantoso silencio de las calles y de todo el mundo exterior lo que aterrorizó a la gente, encerrada en sus casas y en sus habitaciones por muros de oscuridad. Daba una sensación abrumadora de universalidad del desastre, cualquiera que fuera éste. Salvo cuando se oían las voces de los vecinos, uno no podía estar seguro de que toda la población, aparte de su propia familia, no hubiera perecido.

A medida que pasaban las horas, y no reaparecía la luz se manifestó otro hecho intimidante. Desde el principio todos habían notado la excesiva humedad del denso aire. Todo objeto sólido que se palpara en la oscuridad estaba mojado, como si una niebla espesa se hubiera condensado sobre él. Esta sobresaturación del aire (causa principal de la dificultad experimentada para respirar) provocó algo que se hubiera podido prever rápidamente si se pudiera ver, pero que, llegando de forma invisible, produjo pánico cuando por fin su presencia se hizo más llamativa. La humedad se acumuló en todas las superficies expuestas, en los tejados, en las paredes, en las aceras, hasta que su cantidad fue suficiente para formar pequeños riachuelos, que buscaron canaletas y ríogolas cobrando caudal y fuerza. Al poco tiempo, los arroyos se hicieron lo suficientemente grandes como para crear un ruido de agua fluyendo que atrajo la atención desde las ventanas abiertas de los ansiosos observadores. Entonces surgieron gritos de consternación. Si el agua hubiera sido visible, no habría sido tan terrible. Pero, para la imaginación desbordada, el sonido burbujeante y de salpicaduras que salía de la oscuridad se magnificaba hasta convertirse en la furia de un torrente. Parecía aumentar de volumen a cada momento. Lo que no era más que un murmullo en el tímpano se convirtió en un rugido en las excitadas neuronas. Una vez más se oyó la ominosa palabra: «¡inundación!».

La palabra se extendió de cuarto en cuarto y de casa en casa. Las salvajes escenas que habían seguido al primer despertar fueron suaves en comparación con lo que ahora ocurría. El autocontrol, la razón, todo, dejó paso al pánico.

¡Si hubieran podido ver! Entonces no habrían perdido el control, entonces su razón no habría sido derrotada. La oscuridad es el microscopio de la imaginación, ¡y todo lo magnifica un millón de veces!

Algunos bajaron tímidamente hasta sus puertas y al sentir una corriente de agua en la acera retrocedieron con gritos de horror, como si resbalaran por la orilla de un río embravecido. Al retroceder creyeron que el agua les pisaba los talones. Otros se dirigieron a los tejados, convencidos de que la riada inundaba ya los sótanos y los pisos inferiores de sus viviendas.

Las mujeres retorcían sus manos y lloraban, los niños gritaban y los hombres se empujaban, tropezaban y gritaban, y habrían hecho algo si hubieran podido ver qué hacer. Eso era lo más lamentable. Era como si el mundo se hubiera quedado ciego y entonces hubiera sonado la trompeta de un arcángel que gritara: «¡Huyan! ¡Huyan! ¡El Ángel Vengador les pisa los talones!»

¿Cómo podrían huir?

Esta horrible tensión no podría haber durado. No habría sido necesario un diluvio para acabar con Nueva York si ese enloquecedor manto de oscuridad hubiera permanecido unas horas más. Pero, justo cuando miles de personas se habían rendido a la desesperación, se produjo un rápido cambio.

A mediodía la luz irrumpió repentinamente en el cielo. Comenzó como una mancha redonda envuelta en un halo iridiscente que se extendió rápidamente y pareció fundir la espesa y oscura masa que ahogaba el aire. En menos de quince minutos Nueva York y todos sus alrededores habían emergido a la luz dorada del mediodía.

Las personas que esperaban sentir en cualquier momento el agua subiéndolo despiadadamente a su alrededor miraron por sus ventanas y se asombraron al ver sólo pequeños riachuelos que ya se estaban secando en las canaletas. En pocos minutos ya no corría el agua, aunque las manchas de las paredes y aceras demostraban lo acusada que había sido la humedad del aire.

Al mismo tiempo, la opresión en los pulmones desapareció y todo el mundo volvió a respirar libremente, sintiendo que el valor regresaba con

cada inspiración. Toda la gran ciudad pareció emitir un gran suspiro de alivio.

Y entonces se oyó su voz, como nunca antes, elevándose más y más fuerte a cada momento. Era la primera vez que una mañana comenzaba a mediodía. Las calles se llenaron, con mágica rapidez, de cientos de miles de personas, que parloteaban, gritaban, reían, se daban la mano, hacían preguntas, contaban sus experiencias, inquirían si alguien había oído hablar antes de algo así, se preguntaban qué podría ser, qué significaba y si volvería de nuevo.

Los teléfonos de todo tipo estuvieron constantemente ocupados. Las mujeres llamaban a sus amigas y hablaban histéricamente, los hombres llamaban a sus socios y compañeros de trabajo y trataban de hablar de negocios.

Había prisa en el tren elevado, en el metro, en los autos por las calles. Las grandes arterias del tráfico se atascaron, y el ruido aumentó cada vez más. Los expresos aéreos llegaron con retraso a las torres desde el este y el oeste y los pasajeros se apresuraron a descender para reunirse con las multitudes excitadas de abajo.

En un tiempo increíblemente breve ya se voceaban por la calle los «extra» de los periódicos. Y todo el mundo se lanzó con la máxima avidez a leer lo que todo el mundo ya sabía. Pero antes de que pasaran muchas horas llegaron noticias reales, transmitidas por radio, teléfono y telégrafo submarino, contando cómo el mundo entero había sido barrido por el maravilloso manto de la oscuridad.

En Europa había llegado durante las horas de la mañana, en Asia durante la tarde. El fenómeno había variado en diferentes lugares. En algunos, la oscuridad no había sido completa, pero en todas partes iba acompañada de una extraordinaria humedad y ocasionalmente de breves, pero torrenciales, lluvias. El terror había sido universal y todos creían que era la tercera señal predicha por Cosmo Versál.

Por supuesto, este último fue entrevistado, y dio unas ya características declaraciones: «Una de las espirales periféricas de la nebulosa ha golpeado la Tierra», decía. «Pero no se engañen. No ha sido nada en comparación con lo que viene. Y es la ÚLTIMA ADVERTENCIA que se dará. Se han obstinado en cerrar los ojos a la verdad y ya han desperdiciado sus vidas».

Esto, junto con la reciente y terrible experiencia, produjo un gran efecto. Los que habían comenzado a poner los cimientos de sus arcas pensaron en reanudar el trabajo. Los que antes habían buscado plazas en la de

Cosmo lo telefonearon. Pero sólo respondía la voz de Joseph Smith y sus palabras no eran tranquilizadoras:

—El señor Versál —decía— me indica que por el momento no asignará ninguna plaza. Está estudiando a quién llevará.

Los destinatarios de semejante respuesta se quedaban lívidos. Pero al menos uno de ellos, un conocido corredor de bolsa de Wall Street, quedó más enfadado que asustado:

—¡Que se vayan al carajo! —gruñó—. Él, junto con su inundación—. Y se lanzó con decisión a calentar el mercado.

Parece increíble —pero así es la naturaleza humana— que unos pocos días de sol brillante hubieran vuelto a disipar las nubes de miedo que se habían instalado tan densamente sobre la mente popular. Por supuesto, no todo el mundo había olvidado los terrores de la tercera señal —habían golpeado demasiado profundamente—, pero gradualmente la tensión se relajó, y la gente en general aceptó las renovadas garantías de los sabios tipo Pludder de que nada de lo que había ocurrido era inexplicable por las leyes ordinarias de la naturaleza. La gran oscuridad, afirmaban, sólo se diferenciaba de los otros sucesos anteriores de este tipo en la intensidad y no debía atribuirse a nada más grave que a caprichos atmosféricos, como el que se produjo en el histórico Día Oscuro de Nueva Inglaterra, en el año 1780¹⁷.

Pero las personas más intranquilas notaron, con cierta aprensión, que Cosmo Versál redoblaba su actividad con más energía que antes, si cupiera. Y hubo una agitación de renovado interés cuando un buen día se anunció que el arca estaba acabada. Miles de personas se apresuraron a viajar a Mineola para contemplar la obra terminada.

La extraordinaria mole del arca era imponente. Se alzaba ominosa sobre su plataforma, dispuesta de tal manera que, cuando las aguas llegaran, la levantarían desde la cuna donde estaba asentada y se pondría a flote sin necesidad del lanzamiento de botadura. Parecía en sí misma una profecía del inminente desastre.

La cubría una cúpula oblonga de levio, a cuyo través se elevaban cuatro grandes chimeneas metálicas situadas sobre los potentes motores. Su techo se inclinaba hacia los verticales flancos, como protección contra el

¹⁷ Se refiere a un fenómeno real que ocurrió el 19 de mayo de 1780. Desde mediodía, hasta entrado el día siguiente, el sol se oscureció marcadamente en una amplia zona que abarcaba desde Maine hasta Nueva Jersey y a algunas partes de Canadá. Al parecer fue producido por una combinación de niebla y nubosidad junto al humo de un gran incendio forestal en la provincia canadiense de Ontario.

impacto de las olas. Hileras de ojos de buey, cubiertos con gruesos y robustos cristales, señalaban la ubicación de las sucesivas cubiertas. Por cada lado daban entrada a su interior cuatro pasarelas, que eran accesibles desde tierra mediante una larga e inclinada estructura.

Cosmo contaba con una fuerza entrenada de guardianes, pero a todo el que lo deseaba se le permitía entrar a inspeccionar el arca. Las multitudes curiosas, mantenidas en movimiento por los guardias, subían y bajaban constantemente por los largos accesos.

Se paseaban por el interior asombrados por lo que veían. Las tres cubiertas inferiores estaban dedicadas al almacenamiento de alimentos y de combustible para los generadores eléctricos. Cosmo Versál los había ido acumulando durante meses.

Sobre ellas había dos cubiertas que, según se informó a los visitantes, estarían ocupadas por animales, cajas de semillas, raíces y tubérculos, con lo que se pretendía restaurar la vida vegetal del planeta una vez que el agua se hubiera retirado lo suficiente.

Las cinco cubiertas restantes eran para los seres humanos. Había amplias habitaciones para el comandante y sus oficiales, otras para la tripulación, varios grandes salones y quinientos apartamentos de diversos tamaños para ser ocupados por los pasajeros que Cosmo eligiera para acompañarle. Contaban con toda la comodidad de los camarotes más lujosos de los transatlánticos. Los visitantes intercambiaron muchos comentarios jocosos mientras inspeccionaban estas habitaciones.

Cosmo corrió de un lado a otro entre sus invitados, explicándolo todo, mostrando gran orgullo por su trabajo, señalando mil detalles que había previsto, aunque para asombro de todos no hizo ya más advertencias ni llamamientos. Por el contrario, como algunos observadores notaron, pareció evitar cualquier referencia al destino de aquellos que no fueran incluidos en el pasaje de su barco.

Algunas personas sensibles se sintieron perturbadas al detectar en sus ojos una mirada que parecía expresar una profunda piedad y pesar. De vez en cuando se apartaba y miraba a la multitud que pasaba con expresión compasiva para luego, dándoles lentamente la espalda, mientras movía los dedos nerviosamente, desaparecía, con la cabeza gacha, en su camarote privado.

Los pocos que se fijaron en esta conducta de Cosmo se sintieron profundamente conmovidos, más de lo que lo habían estado por todos los enigmáticos acontecimientos de los últimos meses. Un hombre, Amos Blank, un rico fabricante famoso por los métodos despiadados que había

empleado para librarse de sus competidores más débiles, se sintió tan perturbado por el cambio de actitud de Cosmo Versál que buscó la oportunidad de hablar con él en privado. Cosmo lo recibió con una reticencia que no pudo dejar de notar y que, de alguna manera, aumentó su ansiedad.

—Yo... había pensado —balbuceó el multimillonario— que debería, es decir, que podría, tal vez, preguntar, informarme de en qué condiciones se podría, suponiendo que fuera necesario, obtener un pasaje en su arca. Por supuesto, la cuestión del precio no sería un problema, no conmigo.

Cosmo observó al hombre con frialdad y desapareció toda la compasión que antes suavizaba su mirada de acero. Durante un momento no habló. Luego dijo, midiendo sus palabras y hablando con un énfasis que heló el corazón de su oyente:

—Señor Blank, la necesidad ya ha llegado.

—Eso dice usted... eso dice usted... —comenzó el señor Blank.

—Eso digo —le interrumpió Cosmo con severidad—. Y añadido, además, que esta arca ha sido construida para salvar a aquellos que son dignos de salvación, para que todo lo que es bueno y admirable en la humanidad no se extinga de la Tierra

—Exactamente, exactamente —respondió el otro sonriendo y frotándose las manos—. Tiene usted toda la razón en hacer una selección adecuada. Si su inundación va a causar una total destrucción de la humanidad, por supuesto que está obligado a seleccionar a los mejores, a los más avanzados, a los que han tirado del carro, a los que tienen medios, a los de mayores recursos. Las masas, que no poseen ninguna de estas cualificaciones y pretensiones...

De nuevo Cosmo Versál le interrumpió, con más frialdad que antes:

—No cuesta nada ser pasajero de esta arca. ¡Diez millones de dólares, cien millones, no comprarían una plaza en ella! ¿Ha oído alguna vez la parábola del camello y el ojo de la aguja¹⁸? El precio de un billete aquí es un pasado irrefutable.

Con estas sorprendentes palabras Cosmo dio la espalda a su visitante y le cerró la puerta en las narices.

El multimillonario trastabilló, se frotó la cabeza y se marchó murmurando:

—¡Un idiota! ¡Un gran idiota! No habrá inundación.

¹⁸ Se refiere a lo dicho por Jesús de Nazaret en Mateo 19, a partir del versículo 23. Y Jesús dijo a sus discípulos: En verdad os digo que difícilmente entra un rico en el reino de los cielos. De nuevo os digo: es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de los cielos. (Versión Nácar-Colunga)

CAPÍTULO VII. LAS AGUAS COMIENZAN A SUBIR

COSMO VERSÁL HABÍA COMENZADO LA CONSTRUCCIÓN DE SU ARCA A FINALES de junio. Ahora era final de noviembre. El tercer signo, con su terror, había sucedido en septiembre. Desde entonces el cielo casi había recuperado su color normal y no había habido tormentas, pero el calor del verano no había aflojado. A la gente le había desconcertado la ausencia de los indicios habituales del otoño, aunque la vegetación igualmente se había marchitado a causa de la persistencia de las altas temperaturas y del sol constante.

—Un año extraordinario —admitían los meteorólogos—, pero ha habido otoños cálidos antes, sólo que éste lo es más. La naturaleza restablecerá el equilibrio a su debido tiempo, así que probablemente tendremos un invierno severo.

El 31 de noviembre²⁰ los cielos sobre Nueva York seguían sin presentar cambios, cuando el siguiente despacho, que la mayoría de los periódicos titulaban a triple columna y con impresionantes titulares, llegó arrollador desde Churchill²¹:

«Durante la pasada noche el nivel del agua en la bahía de Hudson subió nueve pies. Los armadores encontraron, consternados, los muelles inundados y tensas las amarras de sus embarcaciones. El rompehielos Victoria fue elevado hasta embarrancar en un banco de arena, aparentemente por una fuerte ola proveniente de levante. Hay indicios de que la misteriosa subida comenzó con una intrusión de agua desde el este. Se cree que la vasta masa de icebergs en el Estrecho de Davis, provocada por el largo y continuado tiempo cálido que ha derretido los glaciares costeros, ha causado una obstrucción en la boca del Estrecho de Hudson provocando que la corriente polar irrumpa en la bahía. Pero esto es sólo una teoría. Se prevén nuevas subidas.»

Por sorprendente que fuera esta noticia, no habría perturbado mucho la mente de los ciudadanos si no hubiera sido seguida, a las pocas horas, por la información de inmensas inundaciones en Alaska y en la cuenca del río Mackenzie.

²⁰ Así figura en el original: *31st of November*. Tal vez un desliz del autor o una fecha inexistente con intención.

²¹ Churchill, ahora llamado «Churchill—Keewatinook Aski», es un distrito situado al norte de la provincia de Manitoba, Canadá, en las orillas de la bahía de Hudson, en el límite entre los bosques y la tundra. Es conocido por sus pueblos originarios y la abundancia de osos polares.

Y al día siguiente llegó un eterograma de Obdorsk²² que rayaba en lo grotesco y que llenó de horror a los lectores. Decía que en las vastas regiones de la tundra del norte de Siberia el suelo helado se había disuelto en un lodazal sin fondo, de cuyas profundidades surgían mamuts prehistóricos, con su larga cabellera enmarañada por el barro y sus curvados colmillos de marfil brillando como trompetas que celebraran su resurrección. El despacho concluía con el desgarrador relato de la pérdida de un numeroso grupo que, habiéndose aventurado demasiado lejos de la tierra sólida en busca del marfil, se encontró de repente con que el suelo se convertía en un negro fango bajo sus pies. A pesar de sus esfuerzos, fueron engullidos a la vista de todos, que no se atrevieron a intentar acercarse a ellos.

Cosmo Versál, al ser entrevistado, comentó con tranquilidad que la inundación comenzaba en el norte porque era la parte septentrional del globo la que se encontraba más cerca del corazón de la nebulosa. Puesto que el movimiento de la Tierra era hacia el norte, ese extremo de su eje se asemejaba a la proa de un barco.

—Pero esto —añadió— no es el verdadero diluvio. La capa de hielo del Ártico se está derritiendo y el permafrost se está convirtiendo en una esponja como consecuencia del calor desarrollado en el aire por la fricción de la entrada de materia nebular. Sin embargo, el vapor de agua aún no ha tocado la Tierra. Comenzará a manifestarse dentro de unos días y entonces el globo tragará agua por cada poro. El vapor se condensará y se precipitará como océanos.

—¿Qué aconsejaría hacer a la gente? —preguntó uno de los reporteros.

Dio su respuesta con una voz perfectamente uniforme, sin cambiar el semblante:

—¡Suicidarse! Prácticamente ya lo han hecho.

Casi dos semanas después empezaron a manifestarse los primeros signos de un cambio de tiempo en las latitudes medias. Llegó con un súbito velo en el cielo, seguido de una lluvia fina, brumosa y persistente. El calor se hizo más agobiante, aunque la lluvia no ganó intensidad. Al cabo de unos días se produjeron, durante varias horas, periodos despejados durante los cuales el sol brillaba, aunque con una luz enfermiza y pálida.

Hubo gran confusión en todas partes y nadie se sentía tranquilo. Sin embargo, el terror en ebullición que habían acompañado a los anteriores

²² Obdorsk, ahora conocida como Salejard, es una ciudad rusa situada a orillas del río Obi. Es la única ciudad por la que pasa el Círculo Polar Ártico. Fue usada por Rusia como base para la expansión hacia Siberia.

caprichos de los elementos no se repitió. La gente se estaba acostumbrando a tales fenómenos.

En medio de uno de esos periodos claros ocurrió una escena notable en Mineola. Era como una escena del séptimo capítulo del Génesis: la procesión de las bestias.

Cosmo Versál había llegado a la conclusión de que era el momento de alojar a sus animales en el arca. Deseaba acostumbrarlos a sus aposentos antes de iniciar el viaje. El espectáculo llenó a los jóvenes de una alegría incontenible e interesó grandemente a los mayores.

Ningún desfile de circo se había nunca acercado ni remotamente a semejante exhibición. Muchas de las bestias eran desconocidas para todos. Cosmo había consultado a los expertos, pero al final había dirigido la selección con su propio juicio. Nadie sabía tan bien como él lo que deseaba. Había desarrollado en su mente un esquema para hacer que el nuevo mundo que emergiera de las aguas fuera mejor en todos los aspectos que el antiguo.

Mezcladas entre las criaturas familiares, como ovejas, vacas, perros y aves de corral, había animales olvidados, sobre los que la mayoría de los espectadores sólo habían leído o visto fotos. Acaso, como mucho, en su infancia se los habían oído describir a sus abuelos, hacía mucho difuntos. Cosmo los había recolectado a toda prisa desde todas las partes del mundo, pero como llegaban en pequeñas remesas y se transportaban en furgones cerrados, muy pocas personas sabían lo que estaba haciendo.

La mayor sensación la produjeron cuatro hermosos caballos, comprados carísimos a un duque inglés, quien no los hubiera vendido de no sufrir graves tensiones financieras, ya que ellos eran casi los últimos representantes vivos de la raza equina que quedaban en el mundo. Estos espléndidos ejemplares eran tordos, grises, con largas colas blancas y crines onduladas que lucían orgullosos en sus cuellos arqueados. Mientras eran conducidos a la cabeza de la procesión, resoplando ante la inusual escena que les rodeaba, con los ojos brillantes de excitación, encabritándose, los gritos de admiración y los aplausos brotaron de la creciente multitud de espectadores.

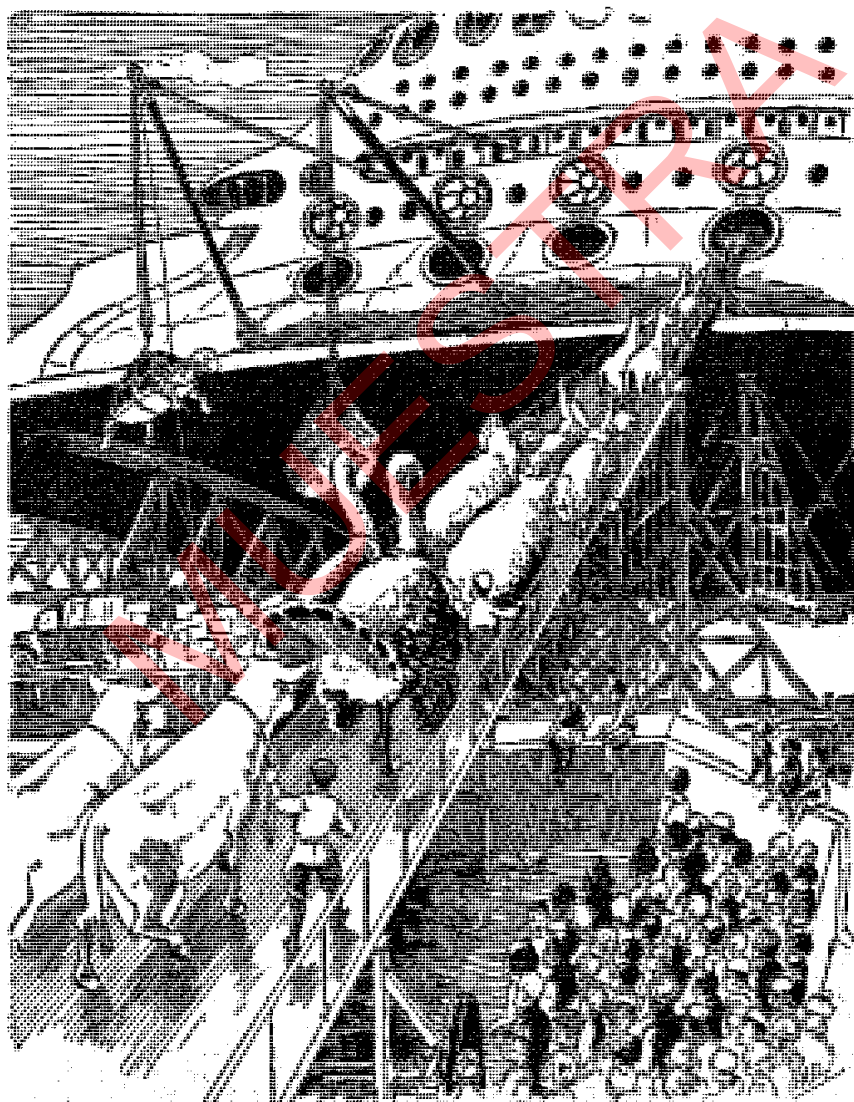
Aquellos que sólo habían conocido al caballo por las imágenes y las esculturas se quedaron asombrados por su belleza en vivo. La gente no podía evitar decirse entre sí: «¡Qué lástima que los ruidosos automóviles, en sus cien formas de fealdad mecánica, hayan expulsado del mundo a estas hermosas y poderosas criaturas! ¿En qué estarían pensado nuestros antepasados?»

Unos cuantos elefantes, traídos de jardines zoológicos africanos, y algunas jirafas atrajeron también mucha atención, pero los caballos fueron los favoritos de la multitud.

VII. LAS AGUAS COMIENZAN A SUBIR

Cosmo podría haber conseguido leones, tigres y bestias similares, que se habían conservado en mayor número que el útil caballo. Pero cuando Joseph Smith sugirió su inclusión negó con la cabeza, declarando que era mejor que perecieran. En la medida de lo posible, afirmó, eliminaría a todos los carnívoros.

En algunos aspectos, aún más interesantes para los espectadores que los animales del pasado fueron los animales del futuro que también desfilaron en la procesión. Pocos de ellos se habían visto alguna vez fuera de las granjas experimentales donde habían sido sometidos al proceso de evolución artificial. Ahí estaban los majestuosos y blancos bóvidos californianos,



sin cuernos, pero de talla descomunal. Esas vacas, se decía, eran capaces de producir veinte veces más leche que su especie ancestral y de una calidad muy superior; también había conejos australianos, tan grandes como los perros Terranova, aunque de patas cortas, un alimento del más exquisito sabor; y ovejas argentinas, lanudas como grandes bolas de nieve, que avanzaban elegantes sobre sus patas de tres pies de largo.

El mayor asombro lo causaron la «gran tortuga Astoria», una especie de galápagos gigante, cuyo lomo convexo exquisitamente esculpido, tambaleándose torpemente al arrastrarse, se alzaba casi tres pies por encima del suelo y el «pavo del nuevo siglo», que alzaba su cabeza engalanada y sus ojos curiosos tan arriba como un hombre de buena talla.

El final de la procesión estaba formado por animales conocidos por todos y entre ellos había jaulas de monos (sobre los cuales y sobre el fomento de su educación Cosmo Versál tenía sus propias teorías) y una gran variedad de aves, junto con cajas de huevos de insectos y crisálidas.

Cuando los animales comenzaron a ascender por las inclinadas pasarelas hacia el arca, el deleite de los niños que habían perseguido la procesión llegó al máximo: los caballos rehusaban y piafaban, haciendo que el suelo metálico resonara como un trueno; los elefantes barritaban; las ovejas berreaban amontonándose contra las barandillas; los enormes nuevos bóvidos ascendían pesadamente la pendiente, volteando sus grandes cabezas blancas; los altos pavos estiraban sus rojos cuellos de coral y emitían estruendosos glugluteos; y las grandes tortugas, ignominiosamente atadas a cables e izadas por el costado del arca, agitaban impotentes sus inmensas aletas en el aire.

Cuando terminó el sensacional desfile, la multitud satisfecha se alejó riendo, bromeando, charlando, sin pensar por un momento en que era algo más que la exhibición más divertida que jamás hubieran visto.

Pero cuando volvieron a las calles de la ciudad se encontraron con una multitud de vociferantes vendedores de prensa. Ya con los periódicos en sus manos leyeron, en grandes letras en negrita: «¡ESPANTOSA INUNDACIÓN EN EL MISSISSIPPI! ¡Miles de personas ahogadas! ¡LA TORMENTA VIENE HACIA AQUÍ!». Era una noticia alarmante tras la reciente escena del arca y muchos palidecieron leyéndola.

Pero la tormenta no llegó de la forma esperada. Las lluvias torrenciales parecían haberse limitado al Medio Oeste y al Noroeste, mientras que en Nueva York el cielo sólo se espesaba y parecía exprimir la humedad en forma de leve llovizna. Esta situación se alargó, pero entonces llegó lo que todo el mundo, incluso los más escépticos, habían estado temiendo en secreto.

¡El océano comenzó a ascender!

El primer testigo de este hecho asombroso, según el relato de un pe-ríódico, fue, de una manera muy extraña e indirecta, un hombre que vivía en las afueras de la vasta zona de terreno ganado al mar por el que la gran ciudad se había extendido sobre lo que antes había sido la bahía de Newark²³. Hacia las tres de la mañana, a este hombre, que al parecer era un policía fuera de servicio, lo despertó el ruido de una especie de correteo por la casa. Encendió una luz y, al notar que procedía del sótano, bajó a investigar. El ominoso brillo del agua, que reflejaba la luz de su lámpara, mostró que el sótano estaba inundado casi hasta arriba de sus muros.

—¡Baja aquí, Annie! —le gritó a su mujer—. Seguro que es este Cosmo Versál invadiéndonos el sótano con su inundación.

Viendo que los endeblen muros de carga se desmoronaban, sacó a su familia a la calle. Y no se equivocó, pues en diez minutos la casa estaba en ruinas. Otros vecinos, que vivían en estructuras igualmente frágiles, se despertaron. Pronto se hundieron otras casas por la socavación. El terror se extendió por el barrio, y poco a poco media ciudad estuvo despierta.

Al amanecer, los residentes en toda la ribera de Manhattan encontraron sus sótanos inundados. Algunas calles del sur y del oeste ya estaban cubiertas por el agua, que subía continuamente. Se hizo notar que era la hora de la pleamar, aunque nadie había oído hablar de una marea tan alta como ésa.

La alarma se convirtió en terror cuando llegó el momento de que bajara la marea, lo que no sucedió. Por el contrario, el agua prosiguió su ascenso. Desde el observatorio gubernamental de Highlands se telefoneó informando de que Sandy Hook estaba sumergido. Pronto se supo que Coney Island, Rockaway y, en general, todas las localidades la costa sur de Long Island estaban bajo el agua. Una poderosa corriente entraba por los Narrows²⁴ tan rápidamente como el agua atraviesa el canal de un molino. El río Hudson, empujado por ese flujo desde el sur, se desbordaba hacia el norte furiosamente, hasta que alcanzó los pies de los farallones rocosos de las Palisades²⁵.

²³ La bahía de Newark es un estuario, de unos 9 km de largo y de una anchura de entre 1 y 2 km, formado por los ríos Passaic y Hackensack, al este de Nueva Jersey. Hoy, como en época de Serviss, es usado como una extensión del puerto de Nueva York y nunca se ha desecado para convertirlo en un pólder.

²⁴ The Narrows es el estrecho que separa Staten Island y Brooklyn en la ciudad de Nueva York. Se conecta con la sección superior de la Bahía de Nueva York y constituye el principal canal por el cual el río Hudson desemboca en el Océano Atlántico.

²⁵ Palisades (*palisade* significa «empalizada») es una zona de Nueva Jersey en la orilla derecha del río Hudson. Está formada por marcados acantilados de basalto que separan la

Pero, cuando el terror inspirado por esta repentina invasión del mar estaba en su punto álgido, llegó un alivio inesperado. El agua comenzó a bajar más súbitamente de lo que había ascendido. Se precipitó a través del estrecho más rápido de lo que había entrado y los barcos, arrastrados pese a estar amarrados a puerto, fueron llevados hacia el mar, quedando algunos varados en los bancos de arena del exterior de la bahía.

Las casas que estaban en terreno ganado al mar, cuyos cimientos habían sido socavados, cayeron con estrépito y muchos perecieron entre las ruinas.

A pesar de los inmensos daños y de la pérdida de vidas el retroceso de las aguas tuvo inmediatamente un efecto tranquilizador. El público se sintió reconfortado por la explicación de los meteorólogos, quienes declararon que lo que había ocurrido no era más que una marea alta sin precedentes, resultado probable de alguna perturbación no prevista en alta mar.

El fenómeno se había observado a lo largo de toda la costa atlántica. El jefe de predicción meteorológica se aventuró a afirmar que se había producido una erupción volcánica en algún punto de la línea que va de Halifax a las Bermudas. Creía que el lugar probable de la perturbación podría haber sido Munn's Reef, más o menos a mitad de camino entre esos puntos. Cuanto más exponía su teoría más dispuesto estaba a respaldarla con su reputación ya que, dijo, era imposible que cualquier combinación de los efectos de alta y baja presiones pudiera haber creado tal ascenso del océano, mientras que una ola volcánica, combinada con la oscilación regular de la marea, podría haberlo causado fácilmente. Pero Cosmo Versál sonrió ante esta explicación, y dijo en respuesta.

—Toda la banquisa del Ártico se ha derretido y la condensación de la nebulosa se acerca. Lo peor está por llegar. Cuando la marea regrese se elevará más.

A medida que se acercaba la hora de la siguiente pleamar, muchos ojos ansiosos estaban pendientes de qué nivel alcanzaría el agua. Había algo en la mera forma de su aproximación que hacía que los nervios se estremecieran. Se dirigía a toda velocidad hacia las playas, formando rompientes a una distancia insólita de la orilla; se precipitaba con una violencia salvaje contra la arena de los bajíos, como si fuera a destruirlos; luego, desplegándose rápidamente, recorría con una velocidad aterradora la orilla, pareciendo

ciudad de Nueva Jersey del río Hudson. Tienen una altura de unos 120 a 130 metros. Son visibles desde muchas zonas de Manhattan, el Bronx y otras localidades en la orilla izquierda del Hudson. Son un lugar habitual en la obra de Serviss. En *Edison conquista Marte* (Colección Clásicos de la ciencia ficción 02) se derrumban por la explosión que provocan los marcianos en su salida de la Tierra.

devorar todo lo que tocaba. Después de cada retroceso subía más alto, rugía más fuerte y se ennegrecía con el lodo removido del fondo. Millas tierra adentro, el suelo temblaba con las rápidas y repetidas sacudidas.

Una vez más el Hudson fue empujado río arriba hasta que una enorme masa de agua irrumpió en los muelles de Albany. Todo lugar en Nueva York a menos de veinte pies por encima del nivel de marea alta fue inundado. La destrucción fue enorme, incalculable. Los transatlánticos amarrados a lo largo de las dársenas fueron, en algunos casos, levantados por encima del nivel de las calles vecinas y empujados hasta estrellarse contra los edificios a lo largo de la costa.

Los eterogramas contaban, con frases entrecortadas, experiencias similares en las costas occidentales de Europa. Desde el Pacífico llegaban noticias de la inundación de San Francisco, Los Ángeles, Portland, Tacoma, Seattle y, de hecho, de todas las ciudades costeras. En la costa occidental de América del Sur las olas que llegaban rompían entre las estribaciones de los Andes. Parecía como si las inmensas masas de los dos mayores océanos del mundo fueran sacudidas de un lado al otro, haciendo oscilar las aguas de orilla a orilla.

Y sumándose al horror de la situación, todos los volcanes del globo parecieron entrar en erupción simultáneamente, probablemente por los efectos de la invasión del agua del mar en la lava subterráneas, mientras que la presión del peso inusitado arrojado sobre las costas abría las fallas tectónicas en la corteza terrestre, causando los más terribles terremotos, que destruyeron mucho de lo que el agua no podía alcanzar.

Desde Alaska hasta la Patagonia, desde Kamchatka pasando por Japón hasta las Indias Orientales, desde el monte Hekla hasta el Vesubio, el Etna y Tenerife²⁶, nubes de humo volcánico rodearon los océanos enfurecidos. Se elevaban en sucesivos penachos, como si cada cráter fuera la chimenea de una prodigiosa caldera de vapor a toda máquina. A la vez inmensas coladas de lava flameaban por los flancos de las montañas y se sumergían en las invasoras aguas con rugidos, silbidos y explosiones que parecían estremecer la estructura del globo.

Durante el segundo terrible oleaje del Atlántico se produjo una escena frente a la bahía de Nueva York que puso los nervios de punta hasta a los más calmados. Una gran multitud se había reunido en las tierras altas del

²⁶ El Hekla (1491 m) es un volcán islandés, probablemente el más activo de la isla. El Vesubio (1281 m) está en Nápoles y el Etna (3357 m) en Sicilia, ambos en Italia, y son volcanes activos. Serviss nombra equivocadamente el Teide (3715 m) que está situado en España en la isla canaria de Tenerife e inactivo desde hace siglos.

Navesink²⁷ para ver la entrada del maremoto. De repente, a lo lejos, divisaron el humo de un transatlántico que se acercaba. No hacía falta más que un vistazo para saber que bregaba contra tremendas olas. A veces se perdía completamente de vista, luego reaparecía cabalgando en lo alto de la espuma. Quienes tenían prismáticos lo reconocieron. Corrió la voz de que se trataba del gran Atlantis²⁸, el más poderoso de los reyes del océano, con cien mil toneladas de desplazamiento, procedente de Europa y que transportaba, sin duda, muchos miles de almas.

Lanzaba señales de socorro e inundaba el éter con inarticuladas llamadas de auxilio que recibían todas las estaciones de radiografía en un radio de cientos de millas. Al mismo tiempo, luchaba noblemente por sí mismo y por las vidas de su pasaje y tripulación. Desde su palo más alto, las barras y estrellas ondeaban en un viento desgarrador. Había muchos entre la multitud que observaba que conocían en persona a su comandante, el capitán Basil Brown. Pensaban que, si algún ser humano podía salvarlo de zozobrar, sería él. El auxilio desde tierra, imposible, estaba fuera de toda cuestión.

A medida que se aproximaba, empujado a la velocidad de un tren expreso por las olas irresistibles, se divisó al capitán en su puente. Se mantenía en equilibrio a pesar de los bandazos del barco e, incluso a esa distancia y en tan terribles circunstancias había algo en su comportamiento, perceptible para aquellos que lo observaban a través de potentes prismáticos conteniendo la respiración, que hablaba de un perfecto autocontrol, de una total ausencia de miedo y de una férrea determinación de salvar su barco o de hundirse con él.

Se podía ver que daba órdenes y vigilaba su ejecución, aunque la naturaleza exacta de las mismas, por supuesto, sólo podía adivinarse. Su única esperanza consistía en evitar que la nave fuera arrojada a tierra. No había ya peligro en los bajíos, pues para entonces se habían vuelto profundos por la subida del mar.

²⁷ Navesink Highlands son una serie de colinas situadas en la costa de Nueva Jersey, que cierran por el sur la bahía de Nueva York. Aunque apenas alcanzan más de cien metros de altura son notables al ser una de las pocas elevaciones en la muy plana costa de Nueva Inglaterra.

²⁸ El Atlantis había sido un transatlántico de 3700 toneladas y 128 metros de eslora que naufragó en 1873 causando 545 muertes (el mayor naufragio de la historia hasta ese momento). En 1912 (un año después de la publicación de *El Segundo Diluvio*) se hundió el Titanic, con sus 46.000 toneladas de desplazamiento y 269 metros de eslora, causando 1496 muertes. Así, este segundo Atlantis que describe Serviss hubiera sido más formidable que el Titanic, aunque menos que el actual Icon of the Seas mencionado unas notas antes, que desplaza 248.600 toneladas.

Despacio, despacio, con un tremendo esfuerzo de los motores, que hacía a los observadores apretar las mandíbulas por pura simpatía espasmódica, como si su propia fuerza nerviosa cooperara en la lucha, el intrépido barco viró para enfrentarse a las olas por proa. De las diez enormes chimeneas rojas salían columnas de humo negro e intenso que revelaban que los fogoneros atiborraban las calderas. El hombre contra la naturaleza. El nervio humano y la ingeniería contra la fuerza ciega.

Empezaba a parecer que el Atlantis iba a ganar la batalla. Ahora estaba temiblemente cerca de la orilla, pero sus amuras se habían convertido en arietes y casi se podía sentir la tensión de sus músculos de acero cuando saltaba enfrentándose al mar. Las olas se sucedían, dividiéndose en su afilada proa y estallando en géiseres de trescientos pies de altura.

Los corazones de los espectadores casi se detuvieron y sus propias almas se vieron unidas al destino del valiente vapor. Olvidaban los terrores de su propia situación, el peligro de la inundación que se avecinaba y no veían más que la agónica lucha que se libraba ante sus ojos. Con toda su fuerza interior rezaron contra el océano.

Tal contienda no podía durar mucho tiempo. De pronto, tras un pantocazo que hizo virar levemente al Atlantis, se precipitó sobre él una ola que se elevaba por encima de su cubierta más alta. Remontó sobre su cresta como una cáscara de nuez, con su enorme casco inclinado y, al momento siguiente, con un impacto que resonó por encima del rugido del mar enloquecido, se hizo pedazos.

En el último momento, antes de que el buque desapareciera entre los remolinos que esparcirían su metal quebrado y retorcido por el fondo, se pudo ver al capitán Basil Brown en su puente de mando.

Apenas concluyó la tragedia, el terror reprimido estalló y los hombres corrieron por sus vidas, corrieron por sus hogares, corrieron para hacer algo —algo, pero ¿qué?— para salvarse a sí mismos y a sus seres queridos.

Porque ahora, por fin, creían.

CAPÍTULO VIII. EL ASALTO AL ARCA

YA NO HABRÍA MÁS RESPIROS. EL MOMENTO DE LAS ADVERTENCIAS HABÍA PASADO. Todas las señales se habían desplegado ante un escéptico y vacilante mundo y, por fin, lo predicho se acercaba.

Ya no hubo gritos de «¡extra! ¡extra!» por las calles, pues los hombres tenían cosas más urgentes que enviar o leer noticias sobre sus angustias y las de sus semejantes. Muchos de los periódicos dejaron de publicarse. Todos los comercios fueron abandonados. No hubo otro pensamiento que la forma de escapar.

Pero, ¿cómo escapar? ¿Y hacia dónde debían huir?

Ya las calles más bajas estaban bajo el agua. El Atlántico seguía agitándose arriba y abajo, como si el propio océano estuviera agonizando. Y cada vez que las olas entraban se elevaban más. Las nuevas orillas de la bahía y las nuevas costas de Long Island y Nueva Jersey, que retrocedían hora tras hora, estaban sembradas de restos de cientos de embarcaciones de todo tipo lanzadas en brazos de las olas despiadadamente a la destrucción.

Aunque los hombres no creían todavía del todo la teoría de Cosmo Versál sobre la nebulosa de agua, estaban aterrados hasta el fondo de sus almas por la irresistible convicción de que los vastos campos de hielo del norte, los glaciares de Groenlandia y las montañas heladas de Alaska se habían derretido bajo la terrible canícula haciendo rebosar los océanos. Y entonces un temor mayor cayó como un manto sobre ellos. Alguien pensó en los hielos antárticos.

Los últimos despachos que habían llegado, antes del silencio de los periódicos, hablaban de que un calor sofocante prevalecía en todo el hemisferio austral y de que vastas flotas de icebergs antárticos llenaban los mares del sur. Los insondables depósitos de hielo, que se elevaban hasta las alturas de las montañas y que se extendían mil millas en todas las direcciones alrededor del Polo Sur, se estaban derritiendo como se habían derretido los hielos árticos. Cuando esa agua se añadiera a los mares ya desbordados, ¿a qué altura no podría llegar la inundación!

Se sabía que el hielo antártico era la principal masa de agua congelada del planeta. El gélido casquete del norte no era nada en comparación con él. Hacía tiempo que se creía que aquella tremenda acumulación desequilibraba el globo terrestre y era la causa principal de la inestabilidad del eje de rotación de la Tierra. Cada nueva exploración sólo había servido para

magnificar la increíble vastedad de aquel depósito. Las faldas del continente antártico habían demostrado ser ricas en minerales allí donde las rocas encontraban un lugar para asomar a través de la gigantesca capa de hielo, y las principales naciones se habían peleado por la posesión de esos estratos llenos de riqueza que sobresalían del casquete. Pero detrás de los acantilados de hielo, que se alzaban en algunos lugares a miles de pies sobre el nivel del mar elevándose hacia el interior tanto que convertían al continente en el de mayor altura media del planeta, no se veía más que hielo.

Y ahora ese hielo se derretía y fluía hacia los océanos acrecentados, añadiendo miles de millones de toneladas de agua cada minuto.

Los hombres no se detenían a calcular, como había hecho Cosmo Versál, cuánto añadiría al volumen de los mares la fusión de todos los hielos y nieves permanentes del globo. Él sabía que no sería más que una gota de agua —aunque suficiente para iniciar la inundación— y que lo auténticamente temible sería la condensación de la nebulosa de agua, que ya empezaba a envolver al planeta con su manto sofocante.

El público podía entender el deshielo, pero no podía entender del todo la nebulosa; podía entender la subida del mar, las avenidas en los ríos furiosos y los lagos que se desbordaban. El terror y la desesperación se hicieron universales.

¿Pero qué debían hacer?

Los que habían pensado en construir arcas se apresuraron a ver si les daría tiempo de completar el trabajo, pero la mayoría habían plantado la estructura en tierras bajas, que ya estaban sumergidas.

Entonces surgió una idea, terrible en su formulación y consecuencias. Uno de esos gritos que, nadie sabe cómo, hace sonar de vez en cuando el desaparecido pero irredento dios Pan²⁹: «¡El arca de Cosmo! ¡Embarquemos! ¡Asaltémosla!»

Y a partir de ahí se produjo una impetuosa estampida hacia Mineola. Ninguno de los contagiados por la idea se detuvo a razonar. Algunos tuvieron que vadear el agua, que en algunos lugares llegaba por la rodilla. Procedían de varias direcciones y se congregaron en una turba vociferante que trataría de abordarla. No aceptarían una negativa. Cuando la excitada multitud se acercó a la gran embarcación y vio su enorme silueta alzándose

²⁹ Pan es el dios de los pastores y rebaños en la mitología griega, así como de la fertilidad y de la sexualidad masculina. Igualmente, representaba a toda la naturaleza salvaje y se le atribuía la generación del miedo enloquecedor. Es el origen etimológico de la palabra *pánico* que, en origen, se refería al temor incontrolable que sufrían los rebaños durante las tormentas.

como un reducto de seguridad, con una bandera estadounidense ondeando sobre ella, prorrumpió en una poderosa ovación. Se apresuraron a avanzar, presos de la sinrazón que envuelve a las multitudes, gritando, cayendo unos sobre otros, luchando, peleando por una plaza. Los hombres arrastraban a sus esposas e hijos a través de la horrible aglomeración, muchos fueron pisoteados sin remisión por miríadas de pies que tropezaban. Los últimos rastros de cordura habían desaparecido.

Las filas más adelantadas divisaron a Cosmo Versál observándolos desde una pasarela descubierta a sesenta pies por encima de sus cabezas. Estaban consternados al ver que sus accesos habían desaparecido. ¿Cómo entrarían en el arca? ¿Cómo treparían por sus costados verticales? Pero encontrarían los medios. Volverían a levantar pasarelas. Entrarían de una u otra forma.

Cosmo les hizo señas con gestos frenéticos. Luego, a través de un megáfono, gritó con una voz audible por encima del estruendo:

—¡Atrás! ¡Por sus vidas!

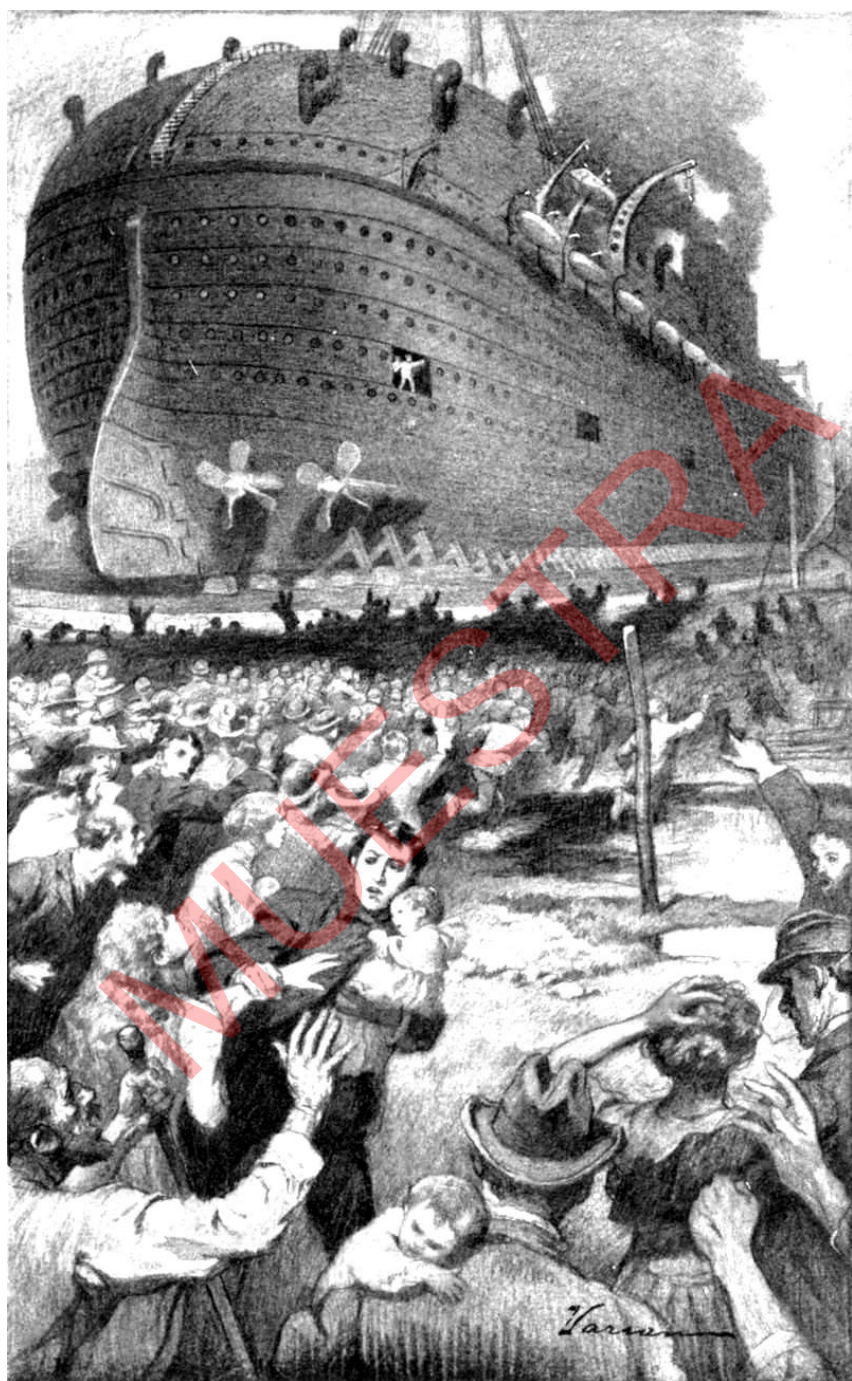
Pero no le prestaron atención. Se abalanzaron sobre el muro que rodeaba el campo donde Cosmo había enterrado sus misteriosas líneas de cables. Entonces se les reveló el significado de esos enigmáticos trabajos.

Cuando los primeros en llegar pusieron sus manos en la parte superior del muro se derrumbaron como si les hubieran disparado en el cerebro, cayendo hacia atrás sobre los que venían tras ellos. Otros se esforzaban en seguir adelante, pero cuando alcanzaban el muro también se desplomaban. De vez en cuando, chispas azuladas y verdosas brillaban por encima de la arremolinada masa.

La explicación era clara. Cosmo, previendo como probable un ataque desesperado, había rodeado el arca con una alambrada eléctrica infranqueable. Se oía el zumbido de una dinamo y una intensa corriente fluía por los cables ocultos transmitiendo su energía paralizante al remate metálico del muro.

Sin embargo, los de atrás siguieron adelante, hasta que una fila tras otra cayó inerte ante la inexpugnable línea de defensa. No murieron. Al menos, no muchos. Pero el impacto era tan paralizante que los que habían experimentado sus efectos no volvían a intentar cruzar la barrera. Muchos permanecieron largo tiempo tendidos sobre el suelo empapado.

Cosmo y Joseph Smith, que ahora había aparecido a su lado, siguieron gritando advertencias, que empezaron a ser atendidas cuando se comprendió la naturaleza del obstáculo. La loca carrera se detuvo y la multitud se



COLECCIÓN CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN

Editados:

- | | |
|----------------------------|----------------|
| 01. El metal de la Luna | G.P. Serviss |
| 02. Edison conquista Marte | G.P. Serviss |
| 03. El Segundo Diluvio | G.P. Serviss |
| 04. Hacedor de Estrellas | Olaf Stapledon |

Próxima aparición:

- | | |
|----------------------------|---------------|
| 05. Entre dos planetas | Kurd Lasswitz |
| 06. Un pionero del espacio | G.P. Serviss |

Planeados:

- | | |
|----------------------------|--------------------|
| 07. Muerte tornándose vida | Olaf Stapledon |
| 08. Lumen | Camille Flammarion |

EDICIONES

el

cilindro

www.elcilindro.com